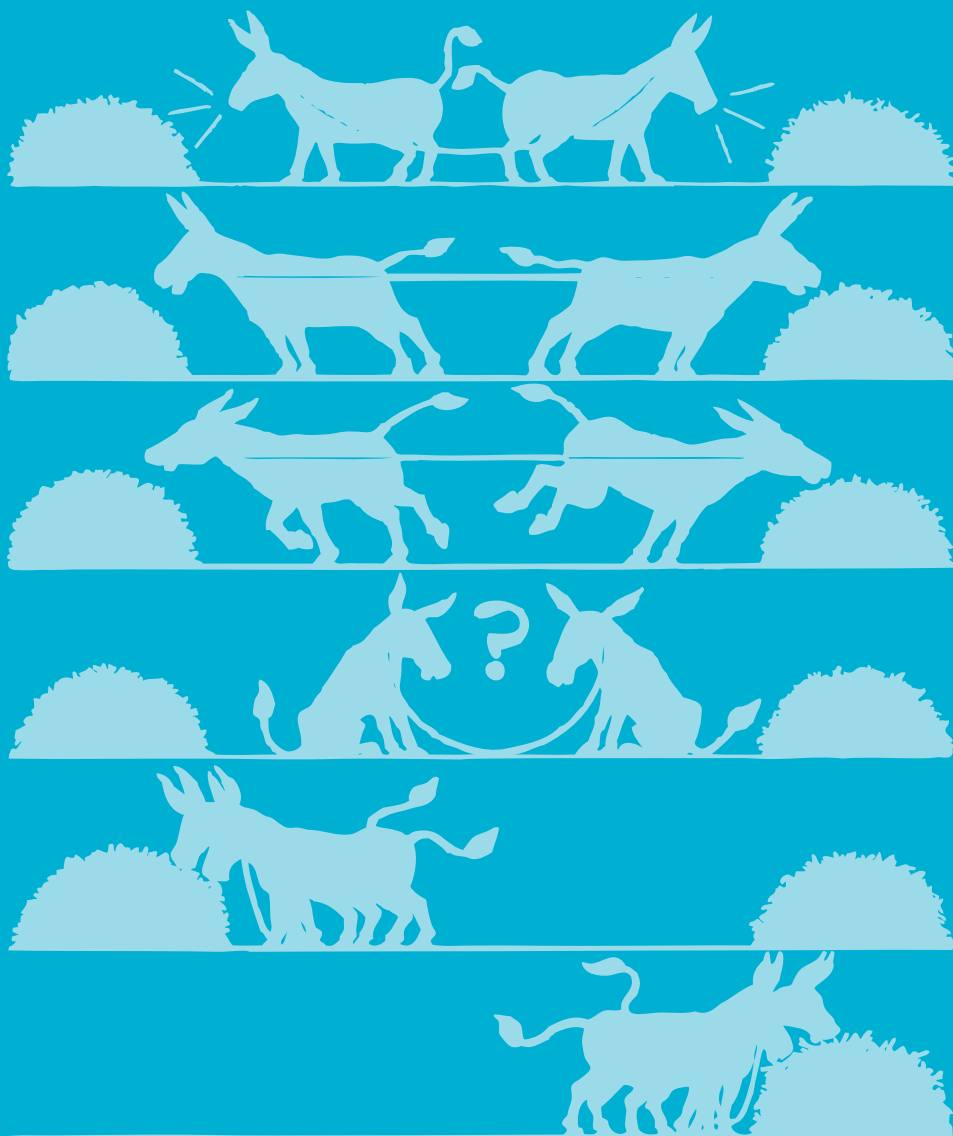


Breve historia de la cooperación y la mutualidad

Ed Mayo



CO-OPERATIVES UK
COOP

“Una historia original de cooperación y ayuda mutua, muy seria y profundamente investigada.”
Frank Trentmann, profesor de historia

Breve historia de la cooperación y la mutualidad

Ed Mayo

Published 2017

Imagen de portada: la portada es una adaptación de una imagen que se ha utilizado con el tiempo como una fábula de cooperación, originada en círculos Cuáqueros

Designed by Co-operatives UK member, Alpha Communication



Contenido

Prólogo	1844, el nacimiento de la cooperación	4
Capítulo 1	La cooperación y la historia de la humanidad	5
Capítulo 2	Una forma ancestral de hacer las cosas	8
Capítulo 3	Artesanía y cooperación en Europa	11
Capítulo 4	Tradiciones de cooperación	20
Capítulo 5	Un giro de amistad	24
Capítulo 6	De la amistad a la resistencia	28
Capítulo 7	Libertad y represión	32
Capítulo 8	Lejos de Rochdale	39
Capítulo 9	Después de 1844: Plymouth y Finlandia	44
Capítulo 10	Autoauxilio y patrocinio del Estado en el siglo XX	47
Capítulo 11	El sector cooperativo actual	50
Capítulo 12	La cooperación y la mutualidad a lo largo de la historia: una conclusión	53
Anexo 1		57
Bibliografía		59

Agradecimientos

Este texto ha sido elaborado con la orientación de Pat Conaty, socio de Cooperativas Reino Unido (Co-operatives UK), con quien empecé a escribir una parte del documento hace quince años, de Gillian Lonergan, que coordina el Archivo Cooperativo Nacional (National Co-operative Archive) en el Co-operative Heritage Trust y del profesor Stephen Yeo, el distinguido historiador cooperativo, y cuenta además con las generosas aportaciones de: Jean Louis Bancel, presidente de Crédit Coopératif, Francia, y presidente de Cooperativas Europa (Co-operatives Europe); Andrew Bibby, autor e historiador; Johnston Birchall, profesor emérito de la Universidad de Stirling; Peter Couchman, antiguo director ejecutivo de la Plunkett Foundation; Clayton Hall, TIP Friendly Society, Jamaica; Sara Kinsey, jefa de los Archivos Históricos, Nationwide Building Society; Jan Kuiper; Iain Macdonald, fideicomisario del New Lanark Trust y a finales de 2016 mi generoso anfitrión cuando estuve visitando los molinos de algodón a los que llegó Robert Owen desde Manchester hace dos siglos; Martin Meteyard; catedrática Sonja Novkovic, presidenta del Comité de Investigación de la Alianza Cooperativa Internacional y de la Universidad de St Mary, Canadá; Simon Parkinson, rector de la Universidad Cooperativa; Janusz Paszkowski, presidente de NAUWC, Polonia; catedrático Greg Patmore de la Universidad de Sídney; Hüseyin Polat, consultor sénior en la Unión Cooperativa Nacional de Turquía; Frank Trentmann, catedrático de historia en la Universidad de Birkbeck y autor de *Empire of Things: how we became a world of consumers, from the fifteenth century to the twenty first*; mis compañeros de Cooperativas Reino Unido, como Neil Turton, que muy amablemente se ofreció a revisar este texto; Mervyn Wilson, antiguo rector de la Universidad Cooperativa y actual fideicomisario del Co-operative Heritage Trust; además de Ibon Zugasti, de LKS y Mondragón.

Prólogo

1844, el nacimiento de la cooperación

Quizá ya conozcas la historia. En 1844, los tejedores y trabajadores de Rochdale, en el norte de Inglaterra, abrieron una tienda de comestibles, formando una extraordinaria empresa conjunta que ha acabado considerándose la primera cooperativa del mundo.

Existen cientos de historias confirmadas sobre empresas cooperativas y mutualistas, ya sean biografías de negocios particulares o análisis de sectores cooperativos más amplios que han existido a lo largo del tiempo, tanto nacionales como internacionales, que se refieren a épocas mucho más tempranas que 1844. Estas historias cuentan un relato inspirador y el sector cooperativo se siente orgulloso de su pasado, pero al mismo tiempo, espero ofrecer un gentil desafío a la consolidada visión del mundo cooperativo consistente en “1844 y todo eso”.

No tengo intención de complementar o sustituir a los Pioneros de Rochdale apuntando a 1864 y a la tradición de Friedrich Wilhelm Raiffeisen, a la difusión de estos modelos fuera de los círculos del consumo minorista y de la banca en los que comenzaron, o a una generación de tejedores anterior en la ciudad escocesa de Fenwick en 1761. Por el contrario, aun reconociendo sin ambages todo lo que consiguieron, espero ser consciente del riesgo que supone elegir un punto o un lugar concretos como el origen de todo lo que vino después. En palabras del historiador Frank Trentmann *“la metáfora del nacimiento nos advierte de la importancia que conceden los historiadores a los orígenes y la visión de túnel que esto puede generar”*.

La cooperación ya existía antes de todo esto, y esta es una breve historia de las raíces de la cooperación y la mutualidad actuales. Por ahora no se ha escrito una historia completa de la cooperación y la mutualidad que entrelace las maneras extraordinarias en que los valores de autoayuda y auxilio mutuo han adoptado formas institucionales diversas en todas las culturas. Y puede que, siendo como ha sido la extensión y la diversidad de la cooperación a lo largo del tiempo, no resulte fácil aceptar el reto. Este trabajo es simplemente un esbozo.

Capítulo 1

La cooperación y la historia de la humanidad

Posiblemente la cooperación ha estado en el núcleo de todas las organizaciones sociales de la historia. Según Samuel Bowles y Herbert Gintis, la historia de la humanidad es la de una “especie cooperativa”, puesto que desde el principio de los tiempos ha resultado mucho más ventajoso trabajar juntos —como, por ejemplo, a la hora de cazar— y desarrollar patrones de cooperación —para cuidar a los niños y buscar refugio, por ejemplo— que sostuvieran esas actividades.¹ No cabe duda de que los conflictos surgían entre los grupos, pero tenían muy arraigada la cooperación informal dentro de ellos.

Los antropólogos llevan cierto tiempo planteándose el alcance de la cooperación. En 1937, Margaret Mead distinguió entre sociedades primitivas que ella veía como principalmente cooperativas, competitivas o individualistas. Mead consideró que los indios zuni de Nuevo México eran la sociedad más cooperativa conocida hasta entonces. Ella observó cooperación a la hora de cultivar los campos, de cuidar a las ovejas y de construir casas, que se manifestaba a su vez en rituales religiosos y en la educación. La riqueza acumulada solía ser redistribuida en obsequios y ceremonias. Cincuenta años más tarde, el antropólogo Douglas Bethlehem realizó el mismo ejercicio, pero con una lista más amplia compuesta principalmente por grupos de cazadores-recolectores del sur de África. Para ambos, la cooperación marcaba momentos clave en la vida de un grupo, tales como la captura de animales grandes o la construcción de casas. Esa cooperación era fomentada en la educación y se obligaba a respetarla mediante normas y sanciones.²

Este concepto de patrones culturales ha sido criticado por los especialistas, pero el enfoque adoptado por Bowles y Gintis va mucho más allá. Ellos combinan la

evidencia disponible obtenida de distintos grupos con la formulación de modelos de comportamiento que están en línea con enfoques contemporáneos de la teoría de juegos. Lo que ellos encuentran no es que la cooperación surja por mero amor al arte, esperando obtener algo a cambio en algún momento. Hay algo más:

- Dentro de los grupos, las normas de justicia no surgen solamente cuando se comparten los beneficios, sino cuando se incurre en costes si no se comparten, como, por ejemplo, cuando los individuos se esfuerzan por hacer cumplir las reglas y sancionan a otros aunque eso suponga un coste para ellos.
- Entre los grupos, el comercio y el intercambio mutuo desempeñan un papel, que se pone de manifiesto en la propagación de las herramientas, como las hachas de mano, hasta lugares muy distantes.
- El conflicto entre grupos también desempeña un papel y potencia, a su vez, la cooperación dentro de los grupos. Si no cooperas con los que tienes cerca, lo que compartes es un riesgo mayor de violencia o muerte.

Debido a las condiciones de nuestro distante pasado evolutivo, nuestros predecesores se organizaron durante largos períodos en sociedades apátridas a pequeña escala. Esas condiciones parecen haber cimentado la cooperación en nuestros patrones de interacción social. La cooperación social no es únicamente una forma de mantenerse adelante en términos individuales, sino que se trata de algo más profundo, fomentado por las instituciones y en la cultura, que se internaliza con el tiempo como un conjunto de normas y que se percibe como un conjunto de emociones sociales, desde la vergüenza a la alegría.³

La conclusión que obtuvieron —que nuestras raíces como especie están en la acción cooperativa y que son estas estrategias prosociales más que los modelos de competición pura las que explican la supervivencia y el éxito— se ha aplicado a otros contextos durante las tres últimas décadas: en biología desde Bob Trivers (“idoneidad inclusiva”); en la teoría de juegos por Elinor Ostrom y otros; y en ciencias políticas por Robert Axelrod. En lo que representa un giro radical respecto a su frase “el gen egoísta”, Richard Dawkins apunta ahora a modelos en los que “los chicos buenos terminan los primeros”.⁴ En la edición del trigésimo aniversario de la publicación de *El gen egoísta*, su autor explicó que un título más inequívoco para el libro habría sido *El gen cooperativo*.⁵

En general, en la actualidad practicamos la cooperación social cuando caminamos entre la multitud o cuando esperamos en una cola, o cuando participamos en instituciones sociales, como pueda ser la familia o los grupos de amigos (la familia hindú, por ejemplo, está tradicionalmente “unida en la comida, el culto y el estado”).⁶ En un contexto formal, nuestra cooperación puede ser obligada o dirigida: los soldados de un ejército funcionan según las instrucciones que han sido

diseñadas para coordinar cómo deben actuar juntos en el contexto de una batalla. Muchos trabajos pueden parecerse a eso en ocasiones. O bien, la cooperación puede ser voluntaria, con forma de asociación y recurriendo a instituciones formales, lo cual es el centro de atención de este texto.

Incluso en este caso, la cooperación puede seguir siendo un concepto escurridizo. ¿Qué es, por ejemplo, “una institución”? Elinor Ostrom, la venerada teórica cooperativa y una de las ganadoras del Premio Nobel de Economía de 2009, caracterizó las instituciones como los organismos que utilizamos para organizar interacciones repetitivas y estructuradas, en las que los implicados operan en situaciones marcadas por normas y afrontan elecciones respecto a lo que hacen, con consecuencias para ellos y para otros. Uno de sus últimos libros, una retrospectiva de una vida dedicada a la investigación de distintos sistemas de gobernanza de recursos naturales, fue un intento de proporcionar un vocabulario y un conjunto de principios de diseño para las instituciones, en toda su diversidad.⁷ Esto ya era bastante complejo y ambicioso, pero el reto de comprender y mucho menos clasificar las instituciones es algo aún más complejo cuando se observa la historia. La función de una institución puede resultar evidente para quienes vienen después. A veces, si hay suerte, se han conservado las normas (tenemos unos cuantos libros de normas de cooperativas del siglo XIX en los archivos del sector cooperativo, dos plantas por debajo de mi oficina en Manchester, Reino Unido). Normalmente tenemos mucho menos a lo que recurrir cuando se trata del resto de variables que Ostrom subraya para entender las instituciones: el contexto y el entorno en el que participan y las características de la comunidad de la que forman parte.

Así pues, la sana advertencia es que a pesar de que utilizo unos términos relativamente abiertos, como *cooperación y mutualidad*, las etiquetas según la época, la cultura y el paso de un contexto informal a uno formal pueden resultar problemáticas. Dicen tanto sobre el autor en tanto que narrador de historias como la historia que está contando. Al menos intentaré ser cauto a la hora de colocar una etiqueta posterior a un fenómeno más antiguo, una tentación que es la faceta menos popular de un “mito de nacimiento”, buscando crear nuevas leyendas antes de ese nacimiento, ungiendo esta iniciativa o aquella, ya sea en el siglo IV antes de Cristo en China, en el siglo I en Roma o en el siglo XVIII en Grecia, como la primera “cooperativa”.

En su forma más sencilla, la acción cooperativa y mutualista trata de personas que trabajan juntas de forma equitativa como miembros de un organismo formal y abierto que existe para satisfacer sus necesidades económicas y otras más amplias. Esta es la definición de trabajo que aplico a todo lo que sigue.

Capítulo 2

Una forma ancestral de hacer las cosas

En tanto que modelo formal de organización, la ayuda mutua es claramente una forma ancestral de hacer las cosas. Posiblemente, precede a los sectores modernos privados y benéficos formales en unos mil años. Algunos de los registros de mutualidad más tempranos datan del Imperio romano. Una de las prácticas consistía en que una serie de grupos de artesanos se organizaban en *collegia*, que eran asociaciones de afiliación formales. Una autoridad, ya en los últimos años del Imperio, fue San Agustín de Hipona, un filósofo argelino y romano. Se centró en establecer las normas básicas sobre cómo debería funcionar el comercio y el intercambio mutuo, a través del concepto de un “precio justo”.

El término *collegia* (la raíz, sin duda, de la palabra inglesa moderna *college*, “universidad”) significa en latín “unidos todos juntos”. Por todo el Imperio romano, los *collegia* podían ser uniones de artistas o grupos de plateros, traperos o leñadores. Algunas eran sociedades funerarias que ofrecían apoyo financiero a sus miembros, además de relevancia cultural y religiosa. Sabemos de la existencia de asociaciones gracias a inscripciones y papiros, así como a los escritos de coetáneos del período helenístico del siglo V a. C. Sin embargo, los términos utilizados, los miembros implicados y los propósitos definidos eran extraordinariamente variados; durante ese período se han contado 2500 asociaciones distintas, y estas solo son de las que tenemos noticias.⁸ Incluidas en ellas estarían las confraternidades religiosas, los capítulos de los sacerdotes, las hermandades, las sinagogas judías y, según algunas descripciones, las primeras asociaciones cristianas.⁹

Podemos formarnos una imagen evocadora de los *collegia* a través del ejemplo de un caso de estudio que existió muy cerca de las murallas de Roma y cuyos estatutos se han preservado en inscripciones. El Collegium de Esculapio e Higia fue fundado

en torno al año 153 d. C. por una romana rica llamada Salvia Marcellina.¹⁰ En honor a su difunto marido, ella dedicó un edificio en la Vía Apia que funcionaba como club de banquetes para sus miembros, además de sociedad funeraria. Gracias a las aportaciones de los miembros y a una dotación, el colegio prestaba dinero a sus miembros y utilizaba los intereses para pagar sus gastos. El colegio en sí estaba limitado a sesenta miembros y solo se admitían miembros nuevos cuando era necesario sustituir a los que habían fallecido. En tanto que miembros tenían garantizado un funeral, que incluía todos los costes asociados con una transición perfecta a la otra vida: ritos funerarios domésticos, enterramientos fuera de la ciudad y procesión desde un lugar al otro.

El colegio tenía un presidente, los empleados se llamaban *curatores*, que significa “cuidadores”, y el cuerpo de miembros habituales se llamaba *populus*, “el pueblo”.¹¹ Al igual que las cooperativas y mutualidades posteriores llegarían a ser conocidas en muchos países como sociedades, podemos percibir que la forma en que se establecieron los *collegia* como este intentaba reflejar una visión de cómo debía estructurarse el mundo en general. El Collegium de Esculapio e Higia y otros de este tipo eran asociaciones autoorganizadas, que se preocupaban por la equidad entre sus miembros, pero que no eran necesaria o típicamente igualitarias, ya hubieran sido formadas por grupos de aristócratas para organizar banquetes o por grupos de esclavos para, efectivamente, organizar funerales.¹² Las opiniones escépticas que Plinio el Joven plasmó en sus cartas habrán servido para muchos. Según él, nada puede ser más “*penosamente injusto*” que una igualdad inquebrantable para todos.¹³ De igual forma que los asientos de los teatros de Roma estaban organizados por rango (en los tiempos de Augusto), también lo estaban los *collegia*; al margen de que estuvieran basados en un tipo de oficio o de culto, o de que tuvieran como miembros a militares veteranos o a comensales y bebedores, siempre tendían a operar según niveles de estatus y rango. Algunos desplegaban una elaborada gama de sanciones para las transgresiones.¹⁴

Aparte de estos rasgos, es difícil generalizar sobre la naturaleza de los *collegia*. El erudito alemán del siglo XIX Theodor Mommsen centró su investigación en los *collegia* como sociedades funerarias, afirmando que formaban parte de las pocas organizaciones de la sociedad civil que tenían permiso para funcionar en las ciudades romanas en la época de los emperadores. A decir verdad, en primer lugar, los funerales nunca fueron universales en todos los *collegia* y, en segundo lugar, la relación con el Estado nunca fue así de sencilla. En ocasiones se tomaron medidas enérgicas respecto a las organizaciones civiles; Julio César decretó la Lex Iulia, que por lo visto incluía una prohibición para las asociaciones voluntarias. No obstante,

en esa misma ley había una excepción para las que hubieran sido aprobadas formalmente, creadas hace mucho tiempo o establecidas en nombre del servicio público. Jonathan Scott Perry subraya que los indicios en los documentos inscritos apuntan a que las asociaciones romanas tenían una gran difusión y no tenían limitaciones en la práctica.

Perry continúa diciendo en su libro, *The Roman Collegia*, que incluso teniendo la ventaja de ciento sesenta años de investigación académica adicional desde que Mommsen publicó su obra: “*renuncio a llegar a comprender los collegia en toda su complejidad, dada la naturaleza de nuestra evidencia y la información frustrantemente insuficiente que ni siquiera varios cientos de textos pueden aportar*”.¹⁵

Capítulo 3

Artesanía y cooperación en Europa

La tradición de los *collegia* en toda Europa podría haber sido la semilla de lo que, para el siglo XI, había evolucionado hacia los primeros gremios artesanos. Con la producción de alimentos en los campos circundantes beneficiándose de un clima más benigno y la difusión de técnicas como la rotación de los cultivos, las áreas urbanas de Renania, los Países Bajos y el norte de Italia fueron fundamentales en el desarrollo de las villas y ciudades medievales. Los gremios surgieron desde estos lugares, y a partir del siglo XIII se expandieron por toda Europa proliferando hasta bien entrado el siglo XVII (en algunos países como Suecia y Austria alcanzaron su punto álgido en el siglo XVIII).

Sin embargo, más que raíces romanas, también es posible que estos gremios artesanales hubieran recibido la influencia de otras tradiciones, como pueda ser la costumbre germánica de asociación jurada, voluntaria y autogobernada. Esto suponía un contraste respecto al modelo romano, en el que los derechos de asociación eran concedidos por las autoridades.

En cualquier caso, se solapaban estrechamente con las sociedades religiosas. Los gremios del norte de España, por ejemplo, tomaron prestadas sus normas de las antiguas cofradías, que eran hermandades espirituales. Muchos gremios nombraron a un santo patrón y elegían a sus líderes el día del santo, celebrando una fiesta para realzar la ocasión. En 1268, el alcalde de París compiló un libro de oficios junto con las leyes y los estatutos que los gobernaban. Gracias a él sabemos, por ejemplo, que los maestros orfebres y los fabricantes de clavos de París asistían un día en concreto a una reunión general anual para elegir a los líderes de sus gremios.¹⁶ Esto tiene que resultarle muy familiar a cualquier organismo de afiliación actual.

La fe iba entretejida en los modelos de gremios. Según lo describió G. D. H. Cole,

un entusiasta de los gremios, a principios del siglo XX: *“durante todo el período medieval, la forma predominante de organización industrial en toda la civilización de la cristiandad era el gremio, una asociación de productores o comerciantes independientes que regulaban la producción o la venta. El gremio medieval no estaba en absoluto limitado a una actividad industrial: era una forma habitual de asociación popular en la ciudad medieval. Había gremios con fines sociales y benéficos, y también educativos e industriales; cada gremio, al margen de su función específica, disponía de unos sólidos fundamentos religiosos y de una forma esencialmente religiosa”*.¹⁷

Como señal de fe, los gremios demostraron ser unos entusiastas patrocinadores de las vidrieras de las iglesias locales, y aún hoy se puede advertir de qué ventanas se trataba.¹⁸ Los aristócratas y los príncipes querían ser recordados como personajes obedientes y respetuosos, como cuando rezaban en postura solemne y reverente. Las ventanas de los gremios solían mostrar actividad, como personas en los campos o trabajando. En los registros no consta quién pagó las vidrieras, pero si se visita la catedral de Chartres en Francia, en sus ventanales está plasmado el equivalente de lo que sería una película documental del siglo XIII sobre oficios y artesanos medievales, creada en pleno auge de la moda de las vidrieras.

Los gremios funcionaban como una forma de gobernanza social y económica. El trabajo se regulaba según la duración de la semana y los días de comercio. Un día promedio era de ocho horas, con variaciones según las estaciones, y estaba prohibido el trabajo nocturno. El éxito del sistema gremial podría quizá medirse por la difusión de los días festivos. Es posible que nunca hayamos tenido tantas vacaciones anuales como en los tiempos de los gremios, cuando no se trabajaba entre cuarenta y cincuenta días festivos, dependiendo de la región.¹⁹ El día del santo el trabajo cívico estaba permitido, como por ejemplo construir la catedral, ya que era un trabajo que buscaba satisfacer las necesidades de las personas mayores y los pobres. La economista laboral Juliet Schor sostiene que los días de vacaciones en la Inglaterra medieval equivalían a un tercio del año. En Francia se ha estudiado que había cincuenta y dos domingos libres, noventa días de descanso y treinta y ocho de vacaciones.²⁰

Así, los gremios estaban al servicio de fines que servían de ayuda a las autoridades de la ciudad y a la corona. Organizaban la economía, mantenían la disciplina y eran fuentes de ingresos fiscales. Con el tiempo se convirtieron también en un conducto para las autoridades. Esto supuso pasar de la elección o de la selección por sorteo de los líderes principales —tales como el inspector que verificaba la calidad del trabajo de los miembros— a ser nombrados por la corona o por la autoridad local en sistemas de influencias. En los países con un control central más fuerte, los

gremios tendieron a crearse por cédula real. En Francia, algunos gremios del siglo XV pasaron a ser conocidos como *choses du roi*, las “cosas del rey”.²¹

En Colonia y en otras ciudades alemanas supervisadas por un más lejano emperador del Sagrado Imperio romano, donde había una mayor libertad, los gremios proliferaron. Lo mismo ocurrió en el norte de Italia, donde las ciudades tenían un largo historial de tráfico mercantil. En Florencia, donde aún se percibía la influencia de las revoluciones de los comuneros de siglos anteriores, los gremios dominaron la política local durante los siglos XIII y XIV, y eran considerados como autónomos y organizados, basados en los principios esenciales de igualdad entre sus miembros y de autogobernanza colectiva. Los gremios más pequeños de Inglaterra solían ser también los más democráticos. Las normas de los sombrereros de Chester en 1370 estipulaban, por ejemplo, que a la hora de las elecciones el valor del voto de un jornalero era idéntico al de un patrón.²²

Entonces, ¿qué eran los gremios? Los gremios artesanos europeos de los siglos XIII y XIV eran empresas basadas en la afiliación, de escala relativamente pequeña, pero con obligaciones sociales explícitas y deberes que se estipulaban en sus normas de membresía. Sus miembros formaron las pequeñas empresas de su tiempo. El taller era la unidad de producción de una amplia variedad de manufacturas, desde carniceros, panaderos y herreros hasta fabricantes de sillas de montar, ebanistas o cerrajeros. Ser pequeño resultaba eficiente: la tecnología estaba limitada a las herramientas de mano y había una necesidad relativamente pequeña de capital para el negocio. La excepción eran los gremios de mercaderes que cubrían distancias grandes y los grandes gremios de tejedores que abarcaban hasta la Toscana y Flandes, donde se producían textiles para exportar.

Cada gremio de una ciudad se caracterizaba por compartir un oficio o un medio para ejecutar un oficio. El oficio podía consistir en un trabajo intelectual (abogados, sacerdotes y estudiosos) o un trabajo manual (carniceros, panaderos y calceteros). En algunas ciudades de Europa, los mendigantes y las prostitutas disponían también de gremios propios, y el sistema sobrepasó los límites de la ciudad para llegar a los pescadores y cazadores, así como a los siervos que buscaban obtener su libertad como campesinos en régimen de alquiler. En algunos países los gremios eran conocidos a veces con el nombre de *misterios* (que puede ser el origen de la palabra francesa moderna *metier* y de la italiana *mestiere*, que significan “ocupación” u “oficio”), puesto que ellos organizaban y poseían las habilidades de especialista que se requerían para las distintas manufacturas.

Para convertirse en maestro había que pasar primero por la fase de aprendiz. Dependiendo del oficio, esa fase podía durar de dos hasta siete años. Los jornaleros

eran personas a las que se pagaba por día (*journalée* en francés). En Inglaterra eran conocidos como *yeomen* (literalmente, “hombres jóvenes”). Así, después de acabar la fase de aprendizaje se les exigía ejecutar una “obra maestra”, cuya calidad debía evaluar el gremio de artesanos respectivo.

El término “maestro flamenco” es una denominación que utilizamos actualmente para las extraordinarias generaciones de pintores de los Países Bajos, cuyos cuadros siguen siendo considerados obras maestras. En su época eran realmente unos maestros: pintores organizados en gremios empresariales. Los grandes artistas del Renacimiento fueron también miembros de gremios; el poeta Dante Alighieri, como ocurría con muchos de los pintores, era miembro del gremio de doctores y boticarios. El santo patrón de los artistas era San Lucas. Pero con el declive del mecenazgo de las iglesias en los Países Bajos en la época del calvinismo, los gremios de San Lucas se volvieron hacia los clientes particulares, desarrollando así un mercado de arte extraordinario. Al llegar el año 1660, el año en que murió Vermeer y en el que Rembrandt terminó su último grabado al aguafuerte, se estima que había 45 000 cuadros colgando de las paredes de los hogares de Delft.²³

Un maestro fue inmortalizado en el siglo XIX en una ópera de Wagner que se titula *Die Meistersinger von Nürnberg*. Esta ópera estaba basada en un personaje histórico llamado Hans Sachs, nacido el 5 de noviembre de 1494 y que trabajaba de aprendiz con catorce años en un gremio de zapateros. Como escribe Ivan Illich, “los gremios establecían el currículo, las oraciones, los exámenes, las peregrinaciones y las novatadas por las que Hans Sachs tuvo que pasar antes de que se le permitiera calzar a sus conciudadanos burgueses”.²⁴ Aunque Sachs siguió progresando para convertirse no solo en un maestro cantante, sino en un renombrado poeta y escritor de obras de teatro, no dejó de ser miembro del gremio y, de hecho, siguió fabricando zapatos toda su vida.

En algunos gremios, los hijos de los maestros estaban exentos de pasar la prueba de la obra maestra, mientras que en otros, al menos en épocas anteriores, los privilegios no pasaban automáticamente del padre al hijo. Un principio de las cooperativas modernas es la afiliación voluntaria y abierta, pero para la mayoría de las personas, que no pertenecían a esos oficios, los gremios eran exclusivos. En esos oficios, la afiliación a un gremio era normalmente una obligación más que una elección. Además, en la mayoría de oficios una restricción adicional era la necesidad de obtener algo de capital para entrar en el gremio y adquirir una tienda.

De todos modos, la mayoría de jornaleros y aprendices solían ser capaces de llegar a maestros y, si adquirían el derecho de propiedad absoluta de la tienda, convertirse en “hombres libres” de su ciudad. En Londres, ser un maestro de las

empresas de libreas no solo confería la libertad de la ciudad, sino también el derecho a vestir determinadas prendas, la librea, que eran un signo de estatus. En los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer los cinco gremialistas eran “*un mercero, un carpintero, un tejedor, un teñidor y un tapicero... todos ataviados con librea uniforme, perteneciente a un gremio poderoso y honorable*”. A sus mujeres les gustaba que la gente las llamara *Ma dame*, como signo de su estatus.²⁵

Los gremios solían tener maestros, no maestras, aunque hubo variaciones según la época y el lugar. Eran tiempos patriarcales y los gremios lo reflejaban. Existen pruebas, sin embargo, tanto de leyes contra la afiliación de las mujeres, en los gremios de Alemania, como de desacato de esas mismas leyes, además de iniciativas de reconocimiento de la mujer. Las costureras de París, por ejemplo, fundaron un gremio en 1675 que les concedía derecho a coser y vender prendas para mujeres y niños.²⁶ En otras ciudades francesas como Ruan, El Havre, Caen y Lyon existen pruebas de una participación muy activa de las mujeres en los gremios. En 1628 más de cuarenta hilanderas irrumpieron en el ayuntamiento de Barcelona. Insultaron a los concejales protestando por la iniciativa de los maestros pañeros, que estaban enviando a hilar la lana fuera de la ciudad.²⁷

Cada manufactura disponía de su propio gremio y los gremios, en su conjunto, constituían una especie de sistema federal. Un mismo maestro podía pertenecer a dos gremios distintos dentro de la misma ciudad: al gremio de su oficio y al gremio de los gremios, que regulaban de manera conjunta los servicios comerciales y sociales de la ciudad. Los precios de los bienes no se fijaban en un mercado abierto, sino que eran precios establecidos por el hábito y la práctica, equilibrados según una valoración muy estricta de la calidad. Las inspecciones eran habituales, se comprobaban los pesos y las medidas, y los estándares deficientes o las malas prácticas que decepcionaran a los clientes eran sancionados con multas.

Los objetos del gremio eran consagrados en un juramento que tenía que realizar cada miembro de la empresa (jornaleros y aprendices incluidos) denominado *conjuratio*. Este juramento era un compromiso que contraían con la autorregulación y la gobernanza del oficio que compartían, además de ser un compromiso respecto a los demás miembros. Las necesidades sociales de un “salario justo” y de seguridad social era una responsabilidad mutua. La provisión de bienestar de muchos gremios incluía un seguro de deceso y de discapacidad, además de pensiones, que incluían la cobertura de las viudas y las casas de beneficencia. De hecho, la palabra inglesa moderna *owner* (“propietario”) deriva de la palabra medieval *ower* (“el que debe algo”), con su origen en la época en que las responsabilidades sociales se consideraban según los derechos cívicos de cada persona.

Siguiendo con los orígenes del lenguaje, es interesante apuntar que el vocablo inglés *company* (“empresa”) estaba asociado con los gremios. La palabra viene del latín *con panis*, que significa “comer pan juntos”. En los talleres de artesanía podían trabajar un maestro, dos jornaleros y un aprendiz. Debido a que el taller y la tienda estaban en la casa del maestro en la ciudad, todos ellos comían juntos.

En cierta medida, en el entorno rural funcionaban unas costumbres de mutualidad parecidas más allá de los gremios. Hasta la época de la Reforma, una fuente importante de ingresos para las iglesias consistía en que los feligreses acudían a fabricar cerveza y luego vendían la bebida entre ellos. De hecho, la palabra inglesa *bridal* (“nupcial”) surgió de una de estas ocasiones: la fiesta de la boda. Allí solía servirse *bride-ale*, una cerveza especial fabricada por los parroquianos. En las ciudades alemanas, los fabricantes de cerveza se unieron en gremios cervecedores. Se hacía énfasis en la calidad, pero su producto, al haber sido hervido, también debía de resultar una opción más saludable en comparación con el agua que podía beberse en la ciudad.

En contextos urbanos es posible que, a cambio de los derechos civiles y la libertad, los miembros de los gremios asumieran unas amplias responsabilidades sociales en el área de la ciudad en la que vivían. En el norte de Italia, las ciudades medievales se dividían en barrios en los que se agrupaban gremios de oficios similares, como el de la talla de mobiliario, para facilitar la coproducción. Algunos de estos gremios podrían haber colaborado para encargarse de la construcción de su área residencial mediante “gremios del vecindario”, colaborando para construir la plaza del mercado del barrio, la fuente de agua, la iglesia y, quizá, el colegio, el hospital y la casa de beneficencia, o sus equivalentes de la época. Los miembros del gremio del vecindario se encargaban de barrer las calles y de mantener el pavimento, además de servir como vigilantes voluntarios por turnos. Es posible que cada gremio tuviera incluso su propio regimiento armado para defender la ciudad en tiempos de guerra.

Un escritor de aquella época, Benedetto Dei, dejó constancia del alcance de los gremios en la ciudad de Florencia en 1472. La población de la ciudad era de unas setenta mil personas. Había 270 talleres del gremio de la lana, 84 tiendas de manufactura de madera, 83 del gremio de la seda, 66 boticarios, 54 canteros y escultores, 33 bancos grandes “*con mesa y alfombra en el exterior*”, 30 talleres de pan de oro e hilo de plata, 44 joyeros, orfebres y plateros, 70 carniceros y ocho tiendas de aves de corral y de caza.²⁸

Un patrón así correspondería a un punto álgido de la mutualidad de los gremios más que a una expresión normal de esta, pero el modelo de organización en gremios proliferaba en toda Europa. La razón subyacente al hecho de que los profesionales

de un oficio se reúnan en barrios urbanos es un proceso completamente natural que facilita el aprendizaje y el intercambio entre productores, además de resultar más cómodo para los clientes. Hoy en día se les llamaría “núcleos industriales”. Algunas áreas actuales como el barrio de las joyerías de Birmingham (Inglaterra) llevan la impronta de los oficios, y de las familias y asociaciones que fueron perfilando el vecindario a lo largo del tiempo.

Según una explicación más crítica de Fernand Braudel, dentro de las murallas de esas ciudades “*todo se disponía en beneficio de los gremios artesanos... los ‘seis Cuerpos’ (pañeros, tenderos, merceros, peleteros, calceteros, orfebres) fueron la aristocracia comercial de París a partir de 1625. En Florencia, era el Arte della lana y el Arte di Calimala*”.²⁹ La expansión que experimentó Londres fuera de los límites tradicionales de la ciudad durante el siglo XVIII se produjo, según el crítico contemporáneo Sir John Nickolls, para poder escapar de los gremios, en busca de: “*un campo abierto para cada ciudadano industrial, mientras que Londres en su seno alimenta a noventa y dos de esas compañías exclusivas [gremios], cuyos miembros pueden verse cada año adornando el festival del señor alcalde con desmesurada pompa*”.³⁰

Un gremio de cariz más proletario era The Shore Porters Society, que se remonta a 1498, formado por estibadores escoceses o *pynours*, que trabajaban en el puerto de Aberdeen.³¹ Uno de los primeros miembros cuyo nombre se conserva es una mujer, Megy Tod, en 1514. En un oficio que exigía fuerza y habilidad, las mujeres tenían un lugar, al menos en aquel entonces.³² Este negocio sigue funcionando actualmente y es una empresa especialista en traslados; se trata de una empresa moderna que sigue trabajando en asociación y con la misma competencia, de elevación de cargas pesadas, que inició su actividad en los primeros tiempos de los gremios.

De hecho, es muy probable que las raíces de The Shore Porters Society se remonten mucho más atrás. Una copia de una cédula real de 1707 de confirmación en nombre de la reina Ana se refiere a los derechos y privilegios concedidos a los estibadores por “*nuestro noble e ilustre predecesor Guillermo, que fue rey de Escocia*”, un rey más conocido actualmente en Escocia como Guillermo el León, coronado el día de Nochebuena de 1165 y que reinó hasta 1214.³³ Aberdeen presume de tener un Harbour Board (consejo portuario) de parecida antigüedad, fundado en 1136, y que actualmente es un *trust port*, un órgano oficial independiente.³⁴

La fecha de 1498 es, de hecho, la primera referencia sobre la sociedad en los anales de la autoridad de la ciudad. Es probable que la ciudad supervisara sus operaciones en aquella época (más adelante, por ejemplo, ordenando a los estibadores que limpiaran cada cierto tiempo los *middings* [“vertederos”] de las calzadas de la ciudad). Por aquella misma época, los estibadores (*naties*) de Amberes se

organizaron también en una sociedad, seguidos no mucho después por los estibadores (*vemen*) de los Países Bajos. Los gremios neerlandeses, según un análisis, presentaban aparentemente muchas características de las cooperativas modernas, tales como un miembro, un voto, pago de cuotas por parte de los miembros y reparto de los beneficios.³⁵

Entonces, ¿por qué organizarse como estibadores? La sociedad actuaba como un gremio que ostentaba el monopolio para que sus miembros trabajaran como estibadores en el comercio portuario. La explicación de que la ciudad permitiera esto es que los barcos no llegaban de manera regular, de modo que para poder garantizar un servicio cuando atracaban, se necesitaba un cuerpo de estibadores suficiente, aunque esos estibadores tuvieran que permanecer inactivos durante prolongados períodos, jugando a las cartas mientras esperaban (más adelante se les prohibió beber). Organizados como gremio, las tarifas del servicio podían fijarse en niveles justos (un penique escocés por trasladar un barril desde el muelle, dos peniques si había que ir más allá de Braid Gutter - Broad Street) y se ofrecía una compensación si algo salía mal. La tentación de llevar los barriles rodando era grande, pero no resultaba una forma segura de desplazarlos por las calles: los miembros de la sociedad aparecen en los registros como responsables de pagar las mercancías que sufrían desperfectos.

Aunque los lazos con las autoridades de la ciudad fueron siempre muy fuertes, al igual que muchos gremios medievales, existen indicios que apuntan a que la sociedad acabó autogobernándose. En 1531, Will Grant y otros miembros fueron nombrados como garantes de la sociedad en su conjunto. El primer registro de Deacons data de 1546, elegidos cada año por los miembros (descritos a veces en inglés como *warkmen* y *warkwomen*) con igualdad de voto, para gestionar la propiedad de la sociedad y para presidir las reuniones.³⁶

El principio de un miembro, un voto no era infrecuente. Las compañías reguladas establecidas por comerciantes en la Inglaterra del siglo XV siguieron la norma de un miembro, un voto, y según Adam Smith en *La riqueza de las naciones* funcionaban también con un principio de puertas abiertas, según el cual las compañías estaban obligadas “a admitir a cualquier persona debidamente cualificada que pagara una cuota determinada”.³⁷ De igual forma, la Compagnie de la Nouvelle France en Francia fue constituida por cédula real en 1627 para el comercio de pieles con Norteamérica. Con cien inversores en condiciones de igualdad (aunque uno de sus miembros, el cardinal Richelieu, podría haber ejercido una mayor influencia), la empresa conjunta acabó siendo conocida como la Compañía de los Cien Socios.³⁸ Jan Kuiper, que se ha centrado en el estudio de los primeros gremios medievales,

explica: *“por lo general, los miembros de los gremios tenían los mismos derechos y obligaciones, por lo que a ese respecto podría decirse que operaban con un grado de democracia”*.³⁹

El punto álgido del sistema de gremios europeos y su lenta desaparición a partir de entonces ocurrió mucho antes, y podemos intentar ponerle una fecha de inicio, que sería 1348. Los gremios fueron otra víctima más de la epidemia de peste bubónica ocurrida aquel año. Este episodio supuso una alteración extraordinaria que cambió el equilibrio y el poder del trabajo y la clase en el contexto de la despo- blación. Pero había otro factor que también iba cambiando la naturaleza del sistema de gremios a medida que transcurría el tiempo: el poder político. El papel social y económico de los gremios había sido siempre delegado en la práctica a cambio de impuestos. La gobernanza política recaía sobre la nobleza y la realeza. A partir del siglo XVI, con leyes como la Ley de Artificieros de 1562 en Inglaterra, muchas de las delegaciones fueron retiradas, lo que suponía, en la práctica, la nacionalización de los gremios artesanales. Esto no afectó a los abogados, contables y banqueros, pero sí afectó a los gremios de las clases trabajadoras, como los carniceros, los panaderos y los fabricantes de velas. La legislación isabelina en Inglaterra restringía también las asociaciones de la sociedad civil y prohibía en la práctica ese tipo de reuniones mediante la transferencia de esos poderes a los jueces.

Muchos gremios desaparecieron o bien fueron incorporados en nuevas estruc- turas de organización, pero la mutualidad pronto reapareció con formas nuevas. Pero antes de continuar, en una época en que los barcos europeos surcaban los mares en búsqueda de comercio, conquistas y gloria, vamos a apartar el foco de Europa para echar un vistazo a las tradiciones de la cooperación en otros lugares.

Capítulo 4

Tradiciones de cooperación

Por ahora hemos contado una historia sobre Europa occidental. Otras regiones han tenido su propia experiencia de mutualidad, formal o informal. El movimiento Ahi (“hermandad” o “generoso, de manos abiertas”) de Anatolia, en la moderna Turquía, comenzó en el siglo XIII de manos de un artesano, maestro del cuero y estudioso que nació en Irán en 1169 y se llamaba Pir Ahi Evran-e Veli. Él tenía una visión de un mundo en gremios, conectados y funcionando en un contexto de ética y fe, que podía alcanzar una colaboración pacífica en toda la economía y la sociedad.

El contexto era bélico. Las personas que llegaban a Anatolia desde el Turquestán escapaban de la invasión mongola (y, de hecho, el propio Ahi Evran moriría a manos de los mongoles que consiguieron avanzar más allá, en 1261). Esta era una visión tan empresarial como religiosa. La formación de organizaciones artesanales y comerciales era probablemente una forma práctica de mantener su solidaridad, de competir con los artesanos bizantinos locales y de demostrar la calidad y la reputación de su trabajo. En cualquier caso, también integraron preceptos religiosos y morales desde un primer momento.

El primer taller de cuero que montó Ahi Evran estaba en Kayseri, en Anatolia central, y su modelo se expandió a otros artesanos y a otras ciudades. Aunque tenemos muy pocos indicios, parece que su núcleo lo formaba una base económica típica de los gremios, tal como controlar la calidad de los materiales utilizados y las técnicas de producción, realizar inspecciones y fijar precios. Los oficios, manufacturas y artes (había treinta y dos, según una clasificación más tardía) fueron agrupados en bazares, asignados cada uno a una profesión (junto con una panadería y una barbería permitida en cada uno) y todos con un símbolo propio: una colcha para

los fabricantes de colchas, una herradura de plata para los herreros, un cucurucho dorado para los fabricantes de dulces.⁴⁰ Fatma Bacı, la esposa de Ahi Evran, abrió un bazar para mujeres, el Baciyani Rum, permitiéndolas agruparse para vender las mercancías que fabricaban.⁴¹

Subyacente a todo esto iba enlazada una estricta filosofía religiosa y social, que posiblemente adoptaba la forma de los setecientos cuarenta principios establecidos por los *futuwwanamas* (las constituciones de los gremios), que tenían su origen en el Corán. Se esperaba que las personas se comportaran respetando valores como ser honesto, generoso, modesto, animoso, piadoso, desinteresado y realista.

La persona de más edad del gremio era el Ahi Baba, un título cuyo rastro puede seguirse hasta Jerusalén más tarde en la época medieval.⁴² Se contaba —aunque podría ser únicamente una leyenda— que si el Ahi Baba encontraba mercancías deficientes u observaba prácticas corruptas en una de sus visitas de inspección al bazar, cogía el zapato del artesano y lo lanzaba al tejado del bazar para que todos los que estaban allí supieran lo que había encontrado.

El modelo de organización se fue desarrollando y lo que empezó con nueve niveles de progreso, desde chico de los recados a maestro *sheik*, fue reduciéndose con el tiempo. Existía un énfasis vocacional para respaldarlo, en el trabajo y vinculado a los monasterios locales. Había fondos colectivos. Se celebraron elecciones, si no existían ya desde el principio, mientras se mantenía también un estrecho vínculo, que quizá fue eliminado con el tiempo, entre los gremios y la organización administrativa y militar del Estado otomano.⁴³

Con unas raíces similares en la fe islámica existe la tradición de Takaful, un concepto de aseguramiento que se afirma haber sido practicado de diversas formas durante más de 1400 años.⁴⁴ Este enfoque tiene su origen en la palabra árabe *kafalah*, que significa “avalarse entre sí” o “garantía conjunta”. En un contexto moderno, los miembros Takaful contribuyen a un fondo común diseñado no para generar excedente, sino para apoyar el principio de “sostener uno la carga del otro”.

Algunos especialistas sitúan la práctica del *kafalah* mucho antes, en sistemas establecidos en las tribus de los antiguos tiempos árabes. Un pago de “dinero de sangre” (*al-diyyah*) era el que servía para compensar por la muerte, y se abonaba con el fondo tribal constituido con las aportaciones de los miembros. Podía pagarse en efectivo o en especie, con camellos, por ejemplo. En tanto que práctica comunitaria, en la línea quizá de muchas formas tempranas de mutualidad, esto tenía un “carácter social pero con consecuencias económicas”.⁴⁵ En el contexto de la ley de la igualdad y el elogio de la piedad y la misericordia en oposición a la represalia, la práctica del *al-diyyah* fue respaldada con la llegada del islam y fue incluida, por ejemplo, en la primera constitución islámica de Medina.⁴⁶

En un contexto rural, la mayoría de países presentan tradiciones de cooperación formal o informal. En la India, las comunidades llevan mucho tiempo colaborando para mantener los activos locales, como los depósitos o los bosques de los pueblos. Los *Phads* de Kolhapur vieron cómo los agricultores controlaban los recursos hídricos de forma colectiva para ofrecer un acceso justo, y cómo colaboraban en la recolección y el transporte de los productos al mercado.⁴⁷ En Karnataka, la mayor parte de la lluvia que recibe esa zona cae durante la estación del monzón. Si la lluvia no llega, el efecto de la agricultura se paraliza, por lo que la recolección de agua de lluvia ha tenido siempre una buena razón de ser. En una inscripción que data de 1371 en Karnataka se describe que la contribución de los habitantes del pueblo en Nanjapura consistió en pagar cuatro carros tirados por reses para el mantenimiento de un depósito de agua.⁴⁸ En América Central y los Andes, hay quien sostiene que la colaboración para mantener los sistemas de riego y los bancos de semillas fue fundamental en la cultura de los aztecas y en la de los incas del Perú.⁴⁹

En un contexto muy probablemente urbano, existe una intrigante referencia que se menciona de pasada acerca de una época todavía más temprana en China. Según unos dichos atribuidos al confuciano Mencio, o Meng Ke, que vivió en el siglo IV a. C., en el libro *Mencio*, se habla de unos mercaderes que hacían intercambios conjuntos, con oficiales supervisando el proceso.

África tiene su propia larga historia de cooperación. Como escribió Julian Ellison: “*las caravanas que atravesaban el Sahara hasta llegar al Mediterráneo cargadas de oro, sal, espadas de acero y otras mercancías procedentes de los imperios de Ghana, Malí y Songhai durante la Edad Media europea, estaban organizadas de forma cooperativa*”.⁵⁰ La base de las caravanas, siempre en grupo, eran los camellos; sin ellos el desierto habría sido casi inhabitable y atravesarlo casi imposible. El estudioso del siglo XIV Ibn Khaldun, afirma que había caravanas de 12 000 camellos viajando de Sudán a Egipto.⁵¹ Desde Níger al Magreb, las caravanas llevaban una media de mil camellos. Las rutas de caravanas por tierra también llegaron muy lejos, a la India y a China, a Asia central y a Rusia.⁵² El califa Umar decía que “*el árabe solo prospera donde prospera el camello*”, y una prueba de ello sea, quizá, el que haya quien afirme que en lengua árabe existen hasta mil nombres para el camello, en sus distintas razas y estadios de la vida.⁵³

Disponiendo también de comercio marítimo, el mundo islámico vio surgir una serie de modelos de asociación empresarial y comercial, permitiendo a los particulares hacer inversiones conjuntas y compartir los beneficios según acuerdos previos, compartir las pérdidas —lo que implicaba avalar a otros socios— y actuar en régimen de reciprocidad. El término que solía utilizarse, *Sharikah* o *al-Shirkah*,

significaba, de hecho, una “puesta en común”, una “asociación conjunta”. La forma más completa *Sharikat al Mufawadah* ofrecía a los miembros derechos idénticos en términos económicos y una voz idéntica en términos de capacidad para actuar en nombre de la asociación. En palabras de un especialista: “*algunas de las instituciones, prácticas y conceptos que ya existían totalmente desarrollados en las fuentes jurídicas islámicas de finales del siglo VIII no surgieron en Europa hasta varios siglos después*”.⁵⁴

De vuelta a África, Julian Ellison también apunta que “*en los pequeños reinos que rodean el cinturón de selva del golfo de Guinea se daban intercambios informales de trabajo cooperativo y asociaciones de crédito rotativo que se conocían con el nombre de esusu*”.⁵⁵ Existen referencias en inglés al *esusu* desde 1794.⁵⁶ La asociación de crédito rotativo sigue denominándose *susu* en el Caribe, y en los estados meridionales de Estados Unidos, desde los inicios de la colonización, se conocía como el anillo. El anillo era una de las pocas formas de autoayuda y de resistencia colectiva que estaba al alcance de los esclavos. Dado que funcionaba como una actividad privada, podía mantenerse apartada de la vista de los que intentaban eliminarla.

La idea de los círculos de préstamo puede rastrearse también hasta el siglo XIII en Japón, en forma de *Ko* o *Mujin*, donde grupos de aldeanos, de entre veinte y cincuenta personas, ponían sus ahorros en un fondo colectivo y se turnaban para obtener crédito. Estos podrían haber sido una adaptación del modelo *Hui* del sur de China, o quizá podrían haber influido en su origen. Era un modelo a más pequeña escala, pero similar en cuanto a que estaba activo hasta que todos habían ahorrado y tomado prestado antes de cerrarlo. En las zonas rurales de Corea, el *Kye* surgió en el siglo XVI con una función similar. Las asociaciones de ahorro y crédito rotativos de este tipo tienen un largo historial, adoptando nombres diferentes en los distintos países: *Tontines* en África occidental, *Muzikis* o *Likelambas* en la República Democrática del Congo, *Ekub* en Etiopía, *Stokvel* en Sudáfrica, *Mukando* en Zimbabwe, *Tandas* y *Cundina* en México, *Chits*, *Kuries* y *Bhishies* en India y *Thong Thing* en Camboya.⁵⁷

Capítulo 5

Un giro de amistad

En la Europa de los siglos XVII y XVIII, en la línea de la visión de los cuáqueros de que “el recurso máspreciado es la amistad” y las prácticas de comunidades como los hugonotes franceses exiliados, fueron formándose las primeras “sociedades de amigos” para cubrir necesidades de aseguramiento mutuo, que incluían los costes de atención de las enfermedades y los funerales.

Algunos gremios sobrevivieron y revivieron adoptando esta nueva forma. En el siglo XVII, The Shore Porters Society —de la que hablábamos antes— amplió su actividad recogiendo un fondo colectivo para asegurar a sus miembros.⁵⁸ En Alemania, sociedades de voluntarios y asociaciones de miembros surgieron para proporcionar asistencia mutua frente a unos riesgos concretos, tan variopintos como deceso, naufragio, incendio y muerte del ganado. Se conocían como “gremios de incendios”, “gremios de la muerte”, “hermandades” y “sociedades”. La primera sociedad de la que se tiene registro fue fundada en Schleswig-Holstein en 1537.⁵⁹ Ese mismo siglo, los mineros prusianos formaron sociedades de ahorro de asistencia mutua.⁶⁰ En 1577 se fundó en Polonia el primer “banco pío”, la Fundación de Préstamo Económico Ostrołęcka con el respaldo de la Iglesia y con vistas a crear un fondo colectivo de ahorro y conceder crédito a quien lo necesitara.⁶¹

En la Suiza rural y en la región francesa del Franco Condado, empezaron a surgir en el siglo XIV sociedades de elaboración de queso conocidas como *Fruitière* (“maduración”) que se expandieron a otros países europeos.⁶² A partir de la reciprocidad informal del intercambio de leche entre vecinos, acabaron surgiendo sociedades mutualistas plenamente constituidas. Cada ronda duraba un año y empezaba en febrero, llegando la primera leche en marzo o abril. El sistema contable se basaba en vasijas de leche —quedando en deuda el campesino que se llevaba el queso

con el resto de aldeanos que habían aportado leche— y el producto era el queso, que también era el dividendo obtenido de su venta. En estas áreas montañosas se reconocen los vestigios de la mutualidad de esas asociaciones de vecinos, presente en distintas formas y funciones por toda la Europa medieval⁶³, a través del desarrollo de cédulas y estándares de calidad de autogobierno, tales como las *Appellations d'Origine Protégée*, hasta las cooperativas que se encargan actualmente de la producción de queso *comté* y *gruyère*. George Jacob Holyoake escribió lo siguiente a finales del siglo XIX: “no cabe duda de que el gruyer debe ser el queso favorito de los cooperadores, ya que es el primer queso elaborado según su sistema”.⁶⁴

De igual forma, los pescadores polacos crearon sociedades de autoayuda, las *Mashoperyas*, en el siglo XV. Desde el siglo XVI se tienen registros de que los vecinos de las áreas rurales de Finlandia se organizaban en uniones de trabajadores para cultivar la tierra y hacer funcionar las granjas en colaboración.⁶⁵ En Osoppo (Italia) se creó una granja colectiva de lácteos en 1806, poco tiempo antes de que se establecieran en Luxemburgo sociedades de jardineros y agricultores a partir de 1808. En 1816 Stanisław Wawrzyniec Staszic, un personaje central de la Ilustración polaca, fundó una sociedad agrícola en Hrubieszów.⁶⁶ Esta colaboración entre agricultores arraigó especialmente en Escandinavia, surgiendo con nuevas formas a medida que avanzaba el siglo XIX, y expandiéndose por América con la inmigración como una nueva generación de “cooperativas agrícolas” formales.

Las sociedades de amigos británicas presentaban similitudes con los gremios artesanales medievales: se formaban en entornos urbanos principalmente y atraían a artesanos y trabajadores con o sin oficio propio. El aspecto solidario que entrañaban fue la raíz de una variedad mucho más amplia de organismos de auxilio mutuo. Con la legislación respaldándolas, las sociedades de amigos lograron una legitimidad y un estatus social para la provisión de bienestar que tuvo unas consecuencias muy importantes. El historiador E. P. Thompson habla de la contribución cultural que “su lenguaje de ‘hombre social’ hizo también respecto al crecimiento de la conciencia de clase trabajadora”. Esto ocurría en el contexto de la rápida urbanización en Inglaterra, donde en 1750 la mayoría de la población vivía en el campo y para 1830 solo vivían allí la mitad de los habitantes.⁶⁷

La migración a las ciudades industriales no era pura elección. En ese mismo período, las leyes parlamentarias legislaron sobre siete de los diez millones de acres de las tierras comunales inglesas que quedaban, con las autorizaciones en las Tierras Altas escocesas y un proceso impuesto y brutal.⁶⁸ La privatización de las zonas cercadas, implementada por la colocación de vallas de setos vivos, puso punto final a una agricultura tradicional de subsistencia y erosionó el sistema de comercio local

de la vida rural. Dado que el sistema de la Tasa de los Pobres (*Poor Rate*) restringía el pago de una prestación a los jornaleros en su aldea de origen, a los que emigraron a las ciudades industriales solo les quedó la opción de desarrollar sus propios sistemas de aseguramiento mutuos y urbanos.

Una de ellas fue la Orden Británica de Antiguos Jardineros Libres (British Order of Ancient Free Gardeners), que comenzó ofreciendo consejos y acabó siendo un seguro de vida y salud para sus miembros. Para convertirse en miembro había que tener entre 16 y 40 años de edad y ser protestante. Los mineros y los trabajadores del metro estaban excluidos debido al riesgo al que estaban expuestos. A un nivel más local, las sociedades vaqueras se formaron para que los trabajadores rurales hicieran un fondo común de aportaciones y aseguraran sus vacas durante un año. Los marineros de Bo'ness en Escocia formaron una temprana sociedad de amigos en 1634,⁶⁹ mientras que en 1699, los *keelmen* de Newcastle, que desde el siglo XIII habían cargado carbón para llevarlo río abajo por el Tyne, empezaron a guardar un fondo “*como fondo o banco público para alivio propio, de sus viudas e hijos y para los patrones más viejos*”.⁷⁰

La Ley de Sociedades de Amigos (Friendly Society Act) de 1757 en Gran Bretaña, y de nuevo más tarde en 1793, legalizó este tipo de autoprovisión por grupos y el número de sociedades de amigos se disparó hasta 7200 en 1801, con casi 650 000 contribuyentes de la clase trabajadora. No eran inmunes al fracaso, ni mucho menos, y la legislación había sido diseñada en parte para regularizar las sociedades. Las propias sociedades establecieron normas para protegerse a sí mismas. Según lo describe E. P. Thompson en un examen de las normas y las ordenanzas de las sociedades de amigos que existían en Newcastle y su distrito durante las Guerras Napoleónicas: “*nos ofrece una lista de multas y sanciones más minuciosa que las de un maestro algodónero de Bolton*”, desde “*considerar detenidamente*” a otro miembro para recibir la paga de enfermedad hasta la suspensión de las prestaciones por “*cualquier enfermedad contraída por yacer con una mujer no limpia, o si tiene gonorrea o viruela*”.⁷¹

En 1752 Benjamin Franklin fundó la primera mutualidad de América, la Philadelphia Contributionship of the Insurance of Houses from Loss by Fire (seguro contraincendios para hogares). Adoptó el modelo de otra que había visto durante su estancia en Inglaterra (la Amicable Contributorship of London) para asegurar y proteger los edificios contra el peligro de incendio.⁷² Una generación más tarde, en 1787, Filadelfia vio también la fundación de una de las primeras sociedades de auxilio mutuo afroamericanas: la Free American Society. Según W. E. B. DuBois, que escribía en esa misma ciudad un siglo más tarde, la cooperación económica

entre los negros americanos venía de tiempo atrás, era algo habitual y solía mantenerse en secreto. En caso de enfermedad, los miembros recibían una pequeña paga. En caso de fallecimiento, se cubrían los gastos del funeral y se ayudaba a las viudas.

Más tarde, en el siglo XIX, Alexis de Tocqueville recoge este fenómeno describiendo la “vida asociativa” en América como uno de los “recursos democráticos” que apuntalaban las libertades individuales: “*en cuanto varios habitantes de Estados Unidos adoptan una opinión o un sentimiento que quieren dar a conocer al mundo, buscan ayuda mutua; y tan pronto como se encuentran entre sí, se combinan*”.⁷³

En 1794, en Viena, los relojeros se constituyeron en asociaciones comerciales que eran quizá semejantes a una cooperativa.⁷⁴ En un momento de nuevas ideas sobre la sociedad, sobre la democracia, una época de conflicto militar y de revolución en Europa, existen pruebas de que había personas en distintos países y en distintos contextos poniéndose del mismo bando en colectivos mutualistas o de amistad para satisfacer sus necesidades. O poniéndose del mismo bando para hacer algo más subversivo... oponer su resistencia a la autoridad y perseguir sus sueños.

Capítulo 6

De la amistad a la resistencia

En Filadelfia, en 1791, los carpinteros se declararon en huelga. Se trataba de un momento democrático de la historia en el que la constitución de los Estados Unidos acababa de ser ratificada. No habían transcurrido ni doce meses cuando se fundó el primer sindicato formal americano (por los zapateros de la misma ciudad). Los carpinteros reclamaban un día de diez horas y, mientras duró la huelga, formaron una empresa conjunta para trabajar esas horas y ganarse su sustento. Como en el caso de los sastres jornaleros que nos encontraremos en el capítulo siguiente, se trataba de una cooperativa espontánea y efímera que solo duró lo que duró la huelga.⁷⁵

En Europa, en el contexto de las restricciones represivas sobre la organización en los lugares de trabajo, la relación funcionaría en sentido contrario. Las sociedades fraternales y de amigos hicieron mucho más que servir a sus miembros: actuaron como prototipos de sindicatos que permitían a los trabajadores asociarse y, cuando era oportuno, pasar a la acción. La vida de John Gast es un buen ejemplo de nuestra historia. John Gast era un carpintero de barcos nacido en el puerto de Bristol (Inglaterra) en el siglo XVIII. Esta ciudad se había enriquecido con el comercio marítimo y había sido una gran cómplice del comercio de esclavos. Gracias a sus habilidades como carpintero de barcos, Gast se trasladó a Londres y trabajó durante veintiocho años en un dique de Deptford, en la orilla sur del Támesis, cerca de mi domicilio actual. En 1793 su nombre apareció como uno de los involucrados en la organización de la Sociedad Benéfica Santa Elena (St Helena Benefit Society), que reclutaba a los que trabajaban en los astilleros del río. Aquella fracasó, pero John Gast apostó por otra sociedad, la Sociedad Benéfica Corazón de Roble (Heart of Oak Benefit Society). Esta cosechó un éxito tan grande que no solo ofrecía las

prestaciones habituales de enfermedad, accidente y fallecimiento, sino que con el tiempo también financió la creación de trece casas de beneficencia para carpinteros de barcos jubilados. Gast desempeñó un papel fundamental en 1812 en una huelga de carpinteros de barco (aquí apareció la palabra inglesa *strike* [“huelga”] con tintes navales, ya que *strike* significa “arriar las velas”), y cuando la Thames Shipwrights Provident Union fue fundada en agosto de 1824, John Gast fue su primer secretario.⁷⁶

Existen pruebas de activismo y organización también en los gremios de épocas más tempranas. Los jornaleros tenían menos poder, pero encontraron formas de asociarse. En Alemania se llamaron *Gesellenverbände*, “hermandades de jornaleros”; en Francia se conocían por *compagnonnages* o *cabales*.⁷⁷ La palabra *cabale* ha tenido desde entonces la connotación de sedición y conspiración pero, al fin y al cabo, lo que resulta sedicioso para los que ostentan el poder puede significar libertad para los que no lo tienen.

En 1588, Jean Philippe, el dueño del hostel Le Capon Engraisé (El capón cebado) de Dijon fue arrestado después de que un edil encontrara a ocho sastres jornaleros en una habitación de la planta de arriba jugando a las cartas y haciendo calcetas. Asociándose pudieron reunir información sobre qué dueños ofrecían qué condiciones, y para qué dueños era bueno o malo trabajar. No fue la última vez que Philippe fue arrestado por alojar a jornaleros, y en 1599 se le prohibió ofrecer alojamiento para más de una pernoctación.⁷⁸

En Londres, el equivalente del hostel de Dijon era el *pub* The Hole in the Wall de Fleet Street, donde vivían los compositores de imprenta del siglo XVIII. Cuando los jornaleros intentaron organizarse para mejorar sus salarios, los maestros impresores de Fleet Street (Londres) contrataron a aprendices en su lugar. Los jornaleros, a su vez, intentaron negociar con sus maestros y limitar el número de aprendices que podían contratarse, declarándose en huelga cuando la negociación llegó a un punto muerto.

Cinco jornaleros, Edward Atkinson, Luke Ball, John Turk, John Warwick y Nathaniel Lynham fueron juzgados en Old Bailey el 4 de julio de 1798. Resumiendo, el juez concluyó que el cargo de cooperación entre trabajadores representaba “*un delito atroz, y así se considera correctamente, ya que las consecuencias tienen que ser muy nocivas para la sociedad; nada puede ser más perjudicial para la sociedad que hombres reuniéndose en privado para atentar contra agrupaciones más grandes de hombres*”.⁷⁹

¿Sorprende que aquellos que habían escogido cometer otro delito atroz y sedicioso, la piratería en alta mar, hubieran podido estar organizados también en

formas sorprendentemente cooperativas? Esto es lo que argumenta el escritor Peter T. Leeson.⁸⁰ El análisis que ha realizado este autor sobre los barcos piratas es que el riesgo siempre presente de amotinamiento significaba que funcionaban de tal forma que permitían tanto la acción cooperativa como la democracia. En los barcos piratas, los capitanes ganaban solo el doble que el resto de la tripulación, y podían ser sustituidos si mostraban una actitud cobarde o si no conseguían un botín.

Cita al capitán Charles Johnson, quien en su *General History of the Pyrates*, publicada en torno a 1726–1728, escribe: *“la naturaleza, como vemos, enseña al más analfabeto la prudencia necesaria para sobrevivir . . . estos hombres a los que llamamos, no sin razón, el escándalo de la naturaleza humana, abandonados a todos los vicios, que viven del pillaje, cuando lo consideran en su propio interés . . . se tienen estrictamente . . . solo unos a otros”*.⁸¹

En ocasiones, los barcos piratas formaban una flota para emprender acciones colectivas si había un gran botín en juego. Tenían miembros de la tripulación de todos los colores y razas, hombres libres que participaban a todos los niveles, desde mera tripulación hasta capitán. La marina mercante, por el contrario, operaba como una especie de barco de esclavos comparado con esto, con diferencias de remuneración seis veces distintas y adoptando un enfoque punitivo para cualquier perversión de la disciplina, y el mayor castigo de todos estaba reservado a los motines. Los barcos piratas podían funcionar con una constitución, para dejar claras las condiciones bajo las que se enrolaban, incluido el reparto de los botines. Una constitución elaborada para las tripulaciones del pirata galés Bartholomew Roberts, que reclamó haber conseguido unos cuatrocientos botines durante su carrera, incluía los mandatos siguientes: *“cada hombre tiene un voto en los asuntos del momento”* y también *“mantener sus prendas, pistolas y espadas limpias y preparadas para usarlas”*.⁸²

Leeson es un economista político que escribe en la actualidad y que investiga cómo alinear incentivos para permitir la cooperación social. En su opinión, los piratas resolvieron este obstáculo poniendo el énfasis en la mutualidad. Según su explicación: *“los piratas no podían recurrir al gobierno para hacer cumplir o respaldar de otra manera los acuerdos cooperativos entre ellos. A pesar de esto, lograron cooperar con éxito con otros cientos de canallas. En medio de la posibilidad omnipresente de conflicto, en pocas ocasiones había peleas, robos o decepciones entre ellos. De hecho, la armonía pirata era tan habitual como la armonía entre sus contemporáneos legales que confiaban al gobierno la cooperación social”*.⁸³

Rodolphe Durand y Jean-Philippe Vergne apoyan este argumento, aunque explican que los niveles de cooperación en la piratería no eran solo el resultado de los incentivos económicos, sino también de las ideas más igualitarias que surgían

por el hecho de vivir al margen de la sociedad. Los logros de la piratería, afirman, consistían en que *“avances que los gobiernos modernos tardaron varios siglos en institucionalizar ya habían sido establecidos por los piratas del Caribe y Madagascar: elecciones democráticas de los líderes, separación de poderes, igualdad entre miembros y una forma temprana de seguro social”*.⁸⁴

Puede que siempre hayan existido unas raíces profundas para la cooperación marítima, puesto que allí los individuos están en el mismo grupo y dependen de los demás para sobrevivir en un entorno muy hostil. George Jacob Holyoake, en su obra póstuma en dos volúmenes, *The History of Co-operation (La historia de la cooperación)*, comenta que: *“se recuerda ahora que los marineros griegos en el Levante mediterráneo, los marineros americanos que se dedicaban a la caza de ballenas y al comercio con China, los comerciantes chinos en Manila... llevaban mucho tiempo siendo participantes iguales o parciales en el excedente”*.⁸⁵

Capítulo 7

Libertad y represión

A medida que la historia de la cooperación y la mutualidad se adentra en siglos más recientes, vamos obteniendo un poco más de color y contexto en los indicios de las empresas conjuntas que estamos estudiando. Las necesidades que atendían eran tan variadas como los contextos de los que surgieron. Desde el comercio y el intercambio al alojamiento y el deporte, fueron herramientas y expresiones de la libertad de organización. Con cierta periodicidad esas libertades suscitaron, a su vez, una respuesta por parte de los que ostentaban el poder, en forma de represión.

En Gran Bretaña, las sociedades de amigos debían dedicarse al apoyo mutuo, pero no, según lo veía la ley, a organizar huelgas o a comerciar. Por ejemplo, la ley limitaba los intercambios a aquellos que se hicieran entre los miembros, rechazaba la tenencia de tierras u otros bienes en propiedad, salvo que fuera por medio de fideicomisarios, y limitaba la capacidad de las sociedades para federarse o invertir.⁸⁶ En realidad, acabaron desarrollándose igualmente lo que en la práctica ya eran cooperativas de comercio. En Fenwick (East Ayrshire, Escocia), los tejedores fundaron una sociedad el 14 de marzo de 1761, y al cabo de ocho años habían ampliado su actividad a la alimentación y a los víveres. En la estancia delantera de la casa de John Walker había un saco de copos de avena, y la sociedad vendía su contenido compartiendo las ganancias con los miembros en un negocio que duraría hasta 1873.

En un libro, *History of Co-operation in Scotland (Historia de la cooperación en Escocia)*, publicado hace más de cien años por Cooperativas Reino Unido (o, más bien, por la sección escocesa de la Unión Cooperativa), William Maxwell describe la caja en la que, siguiendo el espíritu de las sociedades de amigos, los tejedores de Fenwick guardaban las contribuciones y sacaban el dinero para ayudar a los que lo

necesitaban. Las reuniones de la caja (*box meetings*) se celebraban cuando se abría la caja y se comprobaba su contenido; no había cuentas de partida, simplemente se contaba delante de todos. En 1769, en una época muy dura, sacaron todo el dinero de la caja para comprar comida. La mutualidad se dedicaba a compartir las ganancias, pero también a afrontar el riesgo en colectivo.

El uso de la caja es un reflejo de la experiencia de otras sociedades. En 1666 los miembros de The Shore Porters Society solicitaron permiso al Consejo de Aberdeen para fabricar una caja con cerraduras y llaves, y cada miembro aportaría un penique semanal al Fondo. El Consejo aceptó y ayudó a su constitución con una aportación de veinte libras.⁸⁷

Una caja con una forma distinta es un instrumento de protección para los hombres que practican el curioso juego del cricket. La organización continua más antigua del actual registro británico de sociedades cooperativas es el Club de Cricket de Dartford, una sociedad deportiva que se remonta hasta principios del siglo XVIII. En lo que respecta al cricket, comentaba Robert Harley, primer conde de Oxford en su diario en 1723: “*de todo el pueblo de Inglaterra, el de Kent es el más famoso en el juego, y de los hombres de Kent, los de Dartford son los que han alcanzado la mayor excelencia*”. Uno de ellos era el granjero y ganadero William Bedle, nacido en 1679 y que se mantuvo en la cima como deportista con Dartford entre 1700 y 1720.⁸⁸ Volviendo al tema de las empresas comerciales conjuntas, había una Govan Victualling Society en Escocia creada en torno a 1777 (y, en Inglaterra, la Oldham Co-operative Supply Company desde 1795).⁸⁹

En Grecia, se formó una *koine syndrophia* (“asociación común”) en 1780, o quizá antes, en Ambelakia, en las faldas del monte Ossa en Tesalia. El principal producto de la ciudad, que se encontraba bajo el gobierno otomano, era el algodón teñido, más concretamente un hilo rojo particular que se vendía bien en Alemania. Las normas de la asociación, desde 1780 y, posiblemente empezando de nuevo, desde 1795, han sobrevivido.⁹⁰ En ellas se dibuja una imagen útil e ilustrativa de una empresa que resulta quizá típica en cualquier análisis de la cooperación temprana: una asociación que presentaba algunos, aunque en ningún caso todos, los rasgos de una cooperativa o alianza moderna formal.

Desde luego se trataba de una empresa conjunta mutua en el sentido de que los productores unían sus recursos para comercializar su producción. Los miembros solían ser el padre o el miembro más viejo de una familia en lugar de individuos solteros, donde los miembros de la familia también trabajaban como productores principales. Había una cuota mínima, pero también una máxima, para invertir y convertirse en miembro de la asociación, contribuyendo con no menos de 5000 y no más de 20 000 piastras al fondo común. Así la asociación evitaba ser acaparada

por los miembros más ricos. El éxito de la asociación fue tal que al cabo de dos años el capital original pasó de 600 000 a 1 000 000 de piastras. El negocio cerró en la turbulenta época de las Guerras Napoleónicas en 1811, aunque un cronista, el viajero Edward Clarke, que había visitado Ambelakia, señaló también los efectos de la competencia del algodón británico hilado en molino, de alta calidad y coste bajo.⁹¹

La primera sociedad constructora mutua de Gran Bretaña se formó en 1775 en el Golden Cross Inn de Birmingham.⁹² En realidad no disponemos de los detalles ni de nada que se le parezca, pero según me han contado, y yo vuelvo a contar esta historia como si de un cuento se tratara, podría haber sido un grupo de trabajadores de los canales de Birmingham (*navvies*) llegados de fuera de la ciudad, posiblemente irlandeses, que pagaban unos alquileres muy altos por vivir allí. Estaban reunidos en el Golden Cross Inn —un pub ahora derribado— cuando el dueño, Richard Ketley, le dio la vuelta a una jarra que estaba vacía, no llena de cerveza, y les planteó un reto. Cada uno de ellos tenía que poner una moneda y volver a hacerlo de forma periódica hasta que la jarra estuviera llena; luego hicieron un sorteo para ver quién utilizaría el dinero para comprar materiales y construir su propia casa. Siguieron llenando la jarra durante los meses siguientes hasta que le llegó el turno a las 20 personas y pudieron construirse su propia casa.

Esta historia es solo ficción, pero la manera en que funcionaba este modelo, una sociedad de construcción “con finalización definida”, aparece reflejada en los registros. Cuando todos los miembros habían terminado su turno, la sociedad de construcción era clausurada, de igual forma que las sociedades *Mujin* de Japón habían hecho anteriormente. Al igual que una mariposa con una vida limitada, su trabajo estaba hecho. Esta modalidad de empresa con una vida limitada que luego puede renovarse en lugar de operar de forma permanente, es lo que Shann Turnbull, un economista cooperativo contemporáneo, ha intentado revivir en los últimos años: la mutua que se crea y luego desaparece. La sociedad de construcción permanente (o su equivalente en Estados Unidos denominado *thrift*, “sociedades de ahorro”) llegó más de ciento cincuenta años después, ofreciendo un concepto de mutualidad más amplio a través del reciclaje del dinero entre prestamistas y prestatarios, que no son siempre las mismas personas.

En Birmingham se creó una cooperativa de sastres dos años más tarde, en 1777, también con una similar vida limitada.⁹³ Igual que ocurrió con los carpinteros de Filadelfia catorce años después, los sastres se declararon en huelga. En este caso protestaban porque se estaba intentando cambiar su forma de pago de una tasa diaria a un pago por artículo, por pieza de trabajo. La empresa conjunta sirvió para vender su producción mientras estaban en huelga.

A modo de inciso, quizá no sea ninguna sorpresa que Birmingham aparezca aquí como una ciudad de cooperación temprana, ya que por aquella época también era una ciudad de disconformidad, tanto religiosa como política. La ciudad disfrutaba de lo que un contemporáneo inglés describía con las palabras de aquella época como: “*el populacho de Birmingham, escandaloso, pobre, descarado, descarnado, canalla y bullicioso*”.⁹⁴ Al cabo de dos décadas, gracias quizá a la imaginación de populachos como este, había más de veinte sociedades de construcción por todas las Midlands. Más tarde, surgió la idea de una sociedad de construcción permanente, como la Southern Co-operative Permanent Building Society creada un siglo más tarde y que con el tiempo se convertiría en la Nationwide Building Society. Resulta curioso pensar que la primera sociedad de construcción se estableció un año antes de que Adam Smith publicara *La riqueza de las naciones* en 1776. En la práctica, la mutualidad se aprovecha de las ideas del mercado libre.

La idea de un mercado social no tardó en surgir. La oposición a los cercamientos de tierra en Newcastle en torno a esta época condujo a las propuestas de Thomas Spence de crear “condominios de tierra parroquial” para reservar terreno y destinarlo al uso comunitario.⁹⁵ En 1786, John Acland, que había estado implicado en la formación de sociedades de amigos en Devon, lugar por antonomasia de las sociedades de este tipo, reclamó un plan nacional al que todos los adultos debían adherirse. Los que no lo hicieran llevarían marcadas sus propuestas con un “zángano”.⁹⁶ Sus ideas fueron quizá las precursoras de los esquemas de aseguramiento nacional y de políticas de bienestar de años después.

Un tratado publicado en 1799 por la Sociedad para el Mejoramiento de la Condición de los Pobres (Society for Bettering the Condition of the Poor) habla de un molino de maíz cooperativo en Kent.⁹⁷ En la segunda mitad del siglo XVIII fueron los carpinteros de los astilleros de Chatham y Woolwich —habilidosos artesanos en la tradición de los gremios— los que crearon cuatro molinos y una panadería. Los panaderos y los propietarios de los molinos de aquella zona conspiraron para formar un monopolio y así mantener el pan a precios altos. Construir un molino con aportaciones locales significaba tener harina más barata y de buena calidad. Esto era algo bueno para las personas del lugar, pero no para el resto de propietarios de molinos, que se habían estado beneficiando de los precios altos. El molino de Woolwich ardió en torno al año 1759 y los panaderos locales fueron acusados de provocar el incendio. En las décadas que siguieron, se establecieron al menos 46 sociedades de harina y pan en Gran Bretaña, pero tuvieron que afrontar unos impedimentos similares. En 1801 en la ciudad de Hull, donde hacía siete años se había montado un molino a partir de aportaciones colectivas, algunos indigna-

dos propietarios de molinos intentaron cerrar la empresa acusándola de molestia pública. Gracias al jurado, no lo consiguieron.⁹⁸

Una de las primeras mutualidades modernas de mujeres que he encontrado fue la Sociedad Amistosa de Mujeres de Nether Stowey (Nether Stowey Women's Friendly Society), establecida en el condado inglés de Somerset en 1807.⁹⁹ El estandarte de la sociedad sigue ondeando hoy en el desfile anual que recorre la ciudad y que se celebra en torno al solsticio de verano. Según la tradición, la banderola fue confeccionada por Dorothy Wordsworth mientras su marido, William, escribía baladas líricas con Samuel Coleridge. Fue en Nether Stowey donde Coleridge escribió los poemas *La balada del viejo marinero* y *Kubla Khan*.

En Francia, las mutualidades experimentaron el mismo gran crecimiento durante los siglos XVIII y XIX. La primera Bolsa de trabajo —que se convertiría en una cooperativa de trabajadores— se constituyó en París en 1790 en plena Revolución Francesa. Fue prohibida al año siguiente por la *Loi Le Chapelier* una prohibición que afectaba también a las uniones comerciales y que permaneció en vigor hasta 1884. Aun así, la mutualidad surgió y se difundió durante la primera mitad del siglo XIX. En París en 1831 se creó una sociedad de carpinteros, seguidos por los orfebres, los canteros y los panaderos. Jean-François Draperi en su historia sobre la cooperación francesa, *La République Coopérative (La República cooperativa)* —un término prestado de Charles Gide, el economista francés más importante del siglo XIX— cita datos que nos informan de que para 1840 había 10 000 asociaciones y más de 400 sociedades de auxilio mutuo en Francia.¹⁰⁰ En cualquier caso, se trataba de un punto álgido. En los tres años que siguieron a 1848, el año de las revoluciones, tuvo lugar una reacción política repentina que acabó con 26 000 detenciones y 10 000 personas deportadas. Cuando hubo acabado, había menos de veinte sociedades mutuas y todas funcionaban en secreto.

Esta represión fue idéntica a los ataques extensos y sistemáticos y a la incautación de activos que vería el sector cooperativo un siglo más tarde en la Alemania de Hitler y en la Italia de Mussolini. Por ejemplo, durante la *Kristallnacht* de la Alemania nazi se arrojaron bombas incendiarias a las tiendas cooperativas. En Hamburgo rompieron los escaparates de 163 tiendas cooperativas. En 1933, se colocaron tropas de asalto en el exterior de las tiendas cooperativas. Se prohibió toda la “propaganda” cooperativa. Se nombraron a *führers* nazis para que ocuparan puestos en todos los comités ejecutivos. Entre 1935 y 1941 hubo una liquidación obligatoria del movimiento. Adolf Hitler recibió un regalo de cumpleaños consistente en 1 millón de *Reichsmarks* de fondos cooperativos confiscados. Mi predecesor, el secretario general de la Unión Cooperativa, R. A. Palmer, estaba en la lista de personas que Hitler ordenaría asesinar si se llegaba a invadir el Reino Unido.¹⁰¹

El movimiento en sentido contrario, de la represión a la cooperación, se dio en la excepcional historia de los Decembristas de Rusia, a principios del siglo XIX. Todo empezó con una revuelta. Con el ascenso del zar Nicolás I, hubo un levantamiento de oficiales militares y de la guardia el 14 de diciembre de 1825 en la plaza del Senado de San Petersburgo. La revuelta fracasó y los rebeldes fueron condenados al exilio y a trabajos forzados en Siberia, y el zar dio órdenes especiales para que se les hiciera la vida lo más dura posible. “*Estaréis pensando que os vamos a fusilar, que os convertiréis en personajes interesantes... pues no, dejaré que os pudráis en una fortaleza*”, anunció el zar Nicolás I durante el interrogatorio de los rebeldes, que pasaron a ser conocidos como los Decembristas.¹⁰²

En Siberia vivían “*como sardinas en lata*” dentro de barracones de prisioneros, recuerda Mikhail Bestuzhev. Nikolai Basargin, otro de los exiliados, contaba que: “*cada hombre tenía medio metro para dormir sobre los tablones, de manera que al girarse durante la noche era inevitable molestar al que tuviera al lado, especialmente porque llevaban cadenas que tampoco les quitaban durante la noche y que hacían muchísimo ruido, además de provocarles un intenso dolor si se movían sin cuidado. Y sin embargo, ¿hay algo a lo que la juventud no pueda llegar a acostumbrarse? ¿Qué no puede aguantar? Todos dormíamos como si estuviéramos en lujosas camas o sobre colchones de plumas*”.¹⁰³

Allí, movidos por el hambre y la desesperación, pero con cierta connivencia por parte de las autoridades locales, fundaron el Gran Artel, una forma de cooperativa en la práctica que les ayudó a ir sobreviviendo. Compartían los paquetes de alimentos que entraban, acotaron con cercas los terrenos aledaños a la prisión, empezaron a fabricar prendas de vestir, calzado, ahorraban dinero y concedían créditos, e incluso llegaron a poder vender patatas y remolacha a los campesinos de la zona.¹⁰⁴ Para el prisionero Dimitri Zavalishin, el apoyo mutuo representaba “*un renacimiento de la comunidad cristiana*”.¹⁰⁵ Para Pyotr Svistunov, en una carta fechada en septiembre de 1831, “*es realmente nuestro país de Liliput. Cada año, por mayoría en una votación secreta, elegimos a un dirigente y a un canciller, los cuales se encargan de promulgar la voluntad del Artel*”.¹⁰⁶

Este esquema permitió que se manifestaran los distintos talentos que tenían los prisioneros. Nikolai Lorér dejó constancia de cómo “*artesanos de todos los tipos aparecieron entre nosotros: cerrajeros, ebanistas, cuyos trabajos podían competir con los de los artesanos de San Petersburgo*”.¹⁰⁷ Uno de los talentos más portentosos fue Nikolai Bestuzhev, hermano de Mikhail, que fabricaba relojes, zapatos, juguetes, cunas y ataúdes, además de pintar una serie de impresionantes retratos de los Decembristas y sus mujeres (cuya historia por sí sola es también un capítulo impresionante de la organización y la cooperación).

No todos los Decembristas, quizá ninguno de ellos, eran unos santos, pero encontraron una forma de mantener una importante economía local basada en principios democráticos durante algunos años. La cooperativa, por su parte, consiguió que sobrevivieran e, incluso, que unos pocos saborearan la libertad al fallecer el zar Nicolás en 1856.¹⁰⁸ Reflexionando más tarde sobre la muerte de su camarada Nikolai Muravyov, Sergey Volkonsky escribió: “*no es triste morir en Siberia, pero es una pena que no haya ni una sencilla tumba para los huesos de todos nosotros, desgraciados... Separados somos como todas las personas, como motas de polvo. Pero reunidos todos juntos, nuestros huesos formarían, con un poco de buena fortuna... un digno mausoleo para las generaciones futuras*”.¹⁰⁹

En Francia, los Países Bajos y Gran Bretaña, igual que en Siberia, los estudiosos sociales defendieron y apoyaron ejemplos de mutualidad en busca de nuevas formas de organizar la sociedad. Uno de ellos era el autor neerlandés Peter Cornelius Plockboy, quien escribió un ensayo en 1659 sobre cómo hacer llegar la felicidad a los pobres.¹¹⁰ Un contemporáneo radical suyo fue John Bellers, un cuáquero que vivía en Londres con tierras en Pensilvania colonizadas por los hugonotes franceses. Él publicó *Proposals for Raising a College of Industry of All Useful Trades and Husbandry* en 1696, un tratado que volvería a imprimir en 1817 Robert Owen, a menudo considerado “padre de la cooperación” y que reconoció el parecido de su propio experimento en New Lanark (Escocia) y más tarde en New Harmony en Estados Unidos. Un contemporáneo de Owen, nacido un año después que él, fue el escritor utópico francés Charles Fourier, que abogaba por reemplazar el capital y la competencia por la cooperación en todo el espectro económico. A los dos se les daba bien el vocabulario: se atribuye a Owen la acuñación del término *socialismo* y a Fourier el origen de la palabra *feminismo*.

Es cierto que gran parte de la teoría no llegó a aplicarse en la práctica. Sin embargo, en un período de cambios sociales y económicos drásticos al entrar en el siglo XIX, lo que consiguió ponerse en práctica estaba aislado muy pocas veces, y a menudo mantenía conexiones de algún tipo con sociedades fraternales más amplias, revistas activistas o uniones comerciales que operaban de manera informal o encubierta (como la Sociedad Filantrópica [Philanthropic Society] creada en Manchester en 1818 con un nombre que despistara a las autoridades). Había un poder de motivación no solo para las técnicas organizativas de la mutualidad, sino también para ver una forma diferente de organizar a la sociedad que subyacía tras ellas.

Fue en este contexto de libertad y de represión y dentro de esta tradición de mutualidad donde los Pioneros de Rochdale y otros desarrollaron el modelo de cooperativa moderna.

Capítulo 8

Lejos de Rochdale

En 1821, George Mudie, un impresor escocés de nacimiento, empezó a publicar un diario, el *Economist*. No se trataba de la revista actual, que comenzó a publicarse más tarde en 1843. En su diario, Mudie esgrimía que las comunidades de Owen de “unidad y cooperación mutua” podían comenzar con la compra de provisiones en el mercado mayorista. Un grupo de impresores jornaleros londinenses se interesó por su planteamiento y empezaron a examinarlo. Concluyeron que *“mientras sigamos actuando en el plano aislado que hasta ahora hemos perseguido, estaremos siempre amenazados por la aprehensión dolorosa de ser absorbidos por ese vórtice de pobreza que la demanda decreciente de mano de obra humana está acrecentando cada día; y solo mediante la asociación en el modo propuesto puede evitarse esta catástrofe”*.¹¹¹

Un mapa de las cooperativas en Gran Bretaña anterior a los Pioneros de Rochdale —muchas de ellas inspiradas por las palabras y obras de Robert Owen— fue publicado como parte de una presentación preparada por G. D. H. Cole, encargada por la Unión Cooperativa a principios del siglo XX (véase la Figura 1). Las áreas sombreadas —Lancashire, el West Riding de Yorkshire, las Midlands, el cinturón industrial de Escocia y Londres (con no menos de 55 sociedades diferentes creadas antes de 1844)— muestran los lugares más activos en la formación de cooperativas.¹¹²

Figura 1: sociedades cooperativas en Gran Bretaña antes de 1844



Algunas millas más al sur, Brighton crecía rápidamente y era el emplazamiento más de moda, frecuentado por Jorge IV. Aquí era donde la cooperación tenía más posibilidades de despegar. Un médico de Brighton, el doctor William King, abogó por la formación de una serie de cooperativas, empezando por los residentes tradicionales de Brighton, pescadores que formaron sociedades para comprar y gestionar barcos pesqueros, comercializar el producto donde pudieran a través de cooperativas minoristas establecidas bajo la influencia del doctor King. Uno de los miembros más entusiastas fue Lady Noel-Byron, la mujer del poeta Lord Byron. No duraron mucho.

Lo mismo ocurrió con los primeros experimentos en Rochdale. En 1830, los tejedores de franela de la zona decidieron formar la Sociedad Cooperativa Amistosa de Rochdale (Rochdale Friendly Co-operative Society), tras el fracaso de una huelga. Al principio se concentraba en las aportaciones para las prestaciones por enfermedad, pero en 1831 también montaron un pequeño servicio de biblioteca. En 1833 se emprendió una iniciativa empresarial más ambiciosa en forma de tienda cooperativa siguiendo el modelo que Mudie y otros habían fomentado; este negocio funcionó bien durante dos años, pero cerró en 1835, como muchas otras de las cooperativas tempranas, debido a la concesión de demasiado crédito a sus miembros.¹¹³

En 1843 al cabo de dos años de otra huelga fallida, dos de los miembros cooperativos originales decidieron persuadir a otros tejedores para intentarlo de nuevo. Aprendieron algunas lecciones del fracaso anterior, consiguieron 28 libras de capital (una por cada fundador), realizaron aportaciones a razón de dos peniques a la semana e inscribieron una nueva cooperativa en el Registro de Sociedades de Amigos (Registrar of Friendly Societies) en octubre de 1844.¹¹⁴ Las normas del modelo, que fueron desarrollándose con el tiempo y que se publicaron en el Almanaque de los Pioneros de Rochdale en 1860, se convirtieron en legendarias como receta de acción mutua durante el período que siguió:

- Afiliación abierta
- Control democrático (un miembro, un voto)
- Distribución del excedente repartible en proporción al negocio
- Pago de un interés limitado por el capital
- Neutralidad política y religiosa
- Intercambios en efectivo (los miembros no pueden comprar a crédito)
- Fomento de la educación.

Los Pioneros de Rochdale surgieron de un contexto de terrible adversidad. Sabemos cuál era el estado de la ciudad porque el parlamentario de la región, Sharman Crawford, recogió unas estadísticas sobre ella, las cuales quedaron inscritas en Hansard, el registro parlamentario en 1841. La mayoría de las personas ganaba

a la semana el equivalente de lo que hoy serían unas seis libras. La mayoría de las familias solo tenía una manta, y algunas solo tenían paja como cama, sin fundas de ningún tipo. Crawford contaba que era habitual escuchar que los tejedores vestían harapos, trabajaban dieciséis horas al día y sobrevivían a base de una pobre dieta consistente en copos de avena, gachas de cebolla, patatas y melaza. En vista de todo esto, no resulta demasiado sorprendente que la esperanza de vida en una ciudad con 25 000 personas fuera solo de 21 años, seis años menos que para el resto de Inglaterra en aquella época.¹¹⁵ La media de edad de los Pioneros cuando abrieron la tienda era de veinticinco años.¹¹⁶

Toda historia necesita un narrador. En el caso de los Pioneros de Rochdale, el narrador fue George Jacob Holyoake. En 1857 publicó el libro *Self-Help by the People: history of the Rochdale Pioneers (Autoauxilio de las personas: historia de los Pioneros de Rochdale)*. Como en todas las historias, en esta quizá haya también un modesto grado de mitificación desde el principio: uno de los Pioneros, John Kershaw, reprendió a Holyoake por la historia que había contado sobre la formación del negocio.¹¹⁷ Pero en los seis años que siguieron a la publicación del libro de Holyoake, se establecieron doscientas cincuenta y una sociedades cooperativas minoristas por toda Gran Bretaña, casi una sociedad nueva a la semana.¹¹⁸ Al séptimo año había una tienda cooperativa funcionando en el Cabo de Buena Esperanza (Sudáfrica), una de las muchas que surgieron en todo el mundo.¹¹⁹

La idea viajó veloz. Estaba muy lejos de ser exclusivamente Rochdale y el único modelo de las cooperativas de consumo. En otras partes existían tradiciones paralelas. Algo después, pero sin tardar mucho, hubo modelos cooperativos desarrollados por Friedrich Wilhelm Raiffeisen, como alcalde de la ciudad de Westerwald (Alemania), y por Samuel Jurkovic en Eslovaquia, para satisfacer las necesidades de crédito de los agricultores, y por Herman Schultze-Delitzsch en su ciudad natal de Delitzsch (Alemania), como grupos de compra para los artesanos urbanos, que eran carpinteros y zapateros.¹²⁰ Schultze-Delitzsch, en un discurso en el Reichstag, denominó a las cooperativas “*los gremios del futuro*”.¹²¹ En torno a los años en que se formó la Sociedad Equitativa de los Pioneros de Rochdale, tanto antes como después, existieron también empresas mutualistas pioneras en Austria, Brasil, Dinamarca, Islandia, Japón, México y España, sin ninguna conexión hasta donde llega mi conocimiento con los tejedores de Lancashire.¹²²

Todos juntos contribuyeron a fomentar la difusión de los modelos cooperativos por todo el mundo. Existían también sutiles diferencias de culturas, contextos y referencias, y esas características siguen manifestándose actualmente de muchas formas distintas en los distintos modelos de gobernanza y legislación, descripción y cultura, tales como la fuerte tradición distintiva de los bancos de Raiffeisen y la

división cultural e institucional entre cooperativas y mutuas en países como Francia y, posiblemente, entre cooperativas y asociaciones más amplias propiedad de sus miembros, entremezclándose con las variopintas complejidades de las distintas tradiciones de la sociedad civil por todo el mundo. Con el tiempo surgieron ricas tradiciones de desarrollo cooperativo en diferentes regiones que son una prueba de la adaptabilidad de la forma cooperativa. Arizmendiarieta (País Vasco), Coady (Canadá), Haas (Europa central), Nicholson (India), Plunkett (Irlanda), Toyohiko (Japón), Wollemborg (Italia) y Young (USA), son los nombres de algunas de ellas, y todas desarrollaron enfoques distintos para las cooperativas que impulsaron.

En muchos países, la formación de las primeras cooperativas se basaba en una adaptación, normalmente dolorosa o arriesgada, de formas jurídicas existentes, y los esfuerzos realizados por los pioneros nacionales pronto se convirtieron en la promulgación de las leyes cooperativas. Prusia, Inglaterra, Francia y Michigan (Estados Unidos) desarrollaron sus disposiciones durante la década de los años cincuenta y sesenta del siglo XIX.¹²³ En Argentina y México, los códigos comerciales de 1889 permitieron la formación de las cooperativas.¹²⁴ En Canadá, Alphonse Desjardins abrió su primera *caisse populaire* (o cooperativa de ahorro y crédito) en Lévis a finales de 1900. En los catorce años que siguieron ayudó a establecer otras cien más por todo Quebec, y con cada éxito se propagaba su popularidad e inspiraba a otras personas. Con las aportaciones de Desjardins, se presentaron siete leyes de legislación cooperativa en el parlamento canadiense y en Ottawa entre 1906 y 1911.¹²⁵

Por su parte, en la India, un grupo de líderes políticos como Jawaharlal Nehru acabaron apoyándolas. Como argumentaba W. P. Watkins décadas más tarde: *“la verdadera cooperación obtiene su inspiración de reinos donde el mandato del Estado carece de efecto. Los movimientos cooperativos no los crea la legislación. Sin embargo, sin un marco legislativo adecuado, un movimiento cooperativo con forma de organismo económico en crecimiento no es posible o ni siquiera concebible.”*¹²⁶

La cooperación y la mutualidad tienen unas propiedades plásticas maravillosas y han sido perfiladas para encajar en muchas necesidades y contextos diferentes. En cualquier caso, puesto que esta pretende ser una breve historia y dado que la bibliografía sobre los modelos cooperativos en todo el mundo tras 1844 es tan, tan extensa, mucho más que de la vida precedente, no voy a reproducir aquí la historia de la difusión de las cooperativas por los distintos países.

Intentaré, por el contrario, presentar la historia del crecimiento experimentado después de 1844, enlazando con el siglo XX, a través de la historia de dos estudios de casos: uno situado al sur de Inglaterra, en la ciudad costera de Plymouth, y el otro sobre la historia de la aceptación de la cooperación por toda una nación, Finlandia, en la causa de la autodeterminación.

Capítulo 9

Después de 1844: Plymouth y Finlandia

El 25 de diciembre de 1859 era un domingo y dos artesanos del lugar, John Slade y John Shovel, se reunieron para charlar con Charles Goadnew, zapatero, en su casa de Tin Street.¹²⁷ Llevaban en sus manos el libro *Self-Help by the People*. Se despidieron con el compromiso de volver dos días después con sus amigos y su familia para celebrar una reunión y montar una cooperativa en su ciudad natal, Plymouth. La reunión fue presidida por John Slade, sentado en una silla subida a una mesa en una pequeña sala detrás de la tienda de Goodanews. Esto condujo a otras dos reuniones más y, para entonces, ya a mediados de enero, habían formado una junta directiva y obtenido el compromiso de dieciocho personas de hacer una aportación de un chelín cada una, con la intención de subirlo a una libra en breve.

Para principios de febrero ya tenían suficiente para empezar a comerciar, vendiendo harina, avena, manteca de cerdo, frutos secos, té y azúcar desde una estancia en la planta de arriba de Catte Street propiedad de John Slade, que al principio solo abría los miércoles y los sábados por la tarde. Había nacido la Sociedad Cooperativa Mutualista de Plymouth (Plymouth Mutual Co-operative Society). Al cabo de tan solo siete semanas de comerciar, los miembros habían pasado de ser 18 a 72, la tienda se amplió a la planta baja, abría el horario completo y se anunció un dividendo.

Como más tarde escribiría el secretario, John Webb: *“ningún otro beneficio trimestral de los que siguieron nos reportó tanta satisfacción como esa pequeña prueba de nuestros primeros esfuerzos: nos llegó como el primer hijo de una madre, una promesa perfecta del resultado que llegaría, demostrándonos a todos nosotros a través del enorme dividendo de un chelín y dos peniques por libra que íbamos por el buen camino para triunfar”*.¹²⁸

Al término del primer año, tenían en su lista más de cien miembros y habían obtenido un beneficio de 700 libras esterlinas, lo suficiente como para reinvertir algo del excedente repartible en la compra de libros y abrir una biblioteca, una decisión que se tomó en una *tea party* de celebración en Buckland Hall, Station Road, el 26 de diciembre de 1860.

Veinte años más tarde la cooperativa funcionaba a pleno rendimiento: siete verdulerías, una carnicería, una pañería y sastrería, una zapatería, además de dos tiendas de carbón, una fábrica de botas y zapatos, una panadería y un almacén de verduras. El volumen de negocio anual alcanzó las 100 000 libras esterlinas, de las cuales 13 000 eran en forma de excedente repartible, con un dividendo de dos chelines y cuatro peniques para cada uno de sus 5000 miembros. La Cooperativa de Plymouth era uno de los negocios más importantes de la zona y en su época una de las cooperativas con más éxito del Reino Unido.¹²⁹

A 2500 kilómetros de distancia, no mucho después de la formación de la Cooperativa de Plymouth, nacía Hannes Gebhard en la ciudad de Kemijärvi en Laponia (Finlandia). La figura principal del desarrollo de lo que hoy es quizá el sector cooperativo nacional más amplio del mundo, Hannes Gebhard no tomó como referencia Rochdale, sino Alemania.

Gebhard estuvo viajando y estudiando las necesidades de los granjeros en toda Europa, y descubrió y defendió en su estudio de 1898 publicado en Bonn el alcance de la cooperación. *“El lema —si puede llamarse así— de la vida económica de este siglo ha sido laissez-faire. La libertad de acción individual se ha ampliado en nombre de la libre competencia y la riqueza de las naciones ha aumentado. Sin embargo, la competencia sin límites ha permitido que se acumule una riqueza enorme en manos de unos pocos. Y para los que son pisoteados bajo los pies de los poderosos, la época de la prosperidad ha supuesto la esclavitud.”*¹³⁰

Gebhard identificó el papel de las cooperativas rurales, que implicaba la compra y la venta conjuntas por parte de los agricultores, y el suministro de crédito y de aseguramiento para los agricultores. Durante sus viajes, Gebhard se dio cuenta de que la creación de una cooperativa daba lugar muy pronto a la formación de otras, y de que la verdadera fuerza de las primeras cooperativas de una zona era agruparse en federaciones y en sociedades centrales.¹³¹ Mientras viajaba por Irlanda se dio cuenta también de la facilidad con que los propietarios podían caer en las garras de los prestamistas.¹³²

Cuando volvió a Finlandia se encontró con una gran conmoción. Hasta entonces el país había operado como un gran ducado autónomo dentro del Imperio ruso, cedido por Suecia noventa años atrás. El 15 de febrero de 1899, el zar Nicolás II emitió un manifiesto que desafiaba la base jurídica de esta autonomía. El mani-

fiesto degradaba a Finlandia de gran ducado a una simple “localidad”. El ruso fue declarado el idioma de la administración, la moneda rusa, la divisa legal, y la iglesia ruso-ortodoxa era a partir de entonces la Iglesia del Estado. Rusia podía gobernar Finlandia por decreto. La legislación del régimen finlandés estaba totalmente sometida a la voluntad del zar y podía ser anulada por esta.

Esto paralizó a los líderes culturales, políticos y económicos del país. El cuadro que Edvard Isto pintó ese mismo año, *Ataque*, simbolizaba la resistencia ante esta rusificación: un águila de dos cabezas, de Rusia, desciende desde un cielo oscuro y tempestuoso para hincar sus garras en el libro de la ley que sostiene con firmeza una doncella finlandesa. También dio lugar a la conversación que fue el origen del sector cooperativo finlandés, en Hattula, entre Gebhard y su amigo, el inspector de colegios Mikael Soininen. El concepto era fundar una sociedad que permitiera al pueblo finlandés organizarse para lograr la autodeterminación económica.¹³³

La Pellervo Society (aún en funcionamiento) se formó en agosto de 1899 y al cabo de dos años se aprobó la primera Ley de Sociedades Cooperativas, en 1901. El 14 de mayo de 1902, la Pellervo Society constituyó un fondo central, siguiendo el modelo de Raiffeisen en Alemania, denominado *Osuuskassojen Keskuslainarahasto* *Osakeyhtiö* (OKO). Con este fondo se concedían préstamos asequibles a los agricultores basándose en su responsabilidad conjunta a la hora de devolverlo. Al llegar 1905 había otras tres asociaciones centrales para cooperativas. Una de ellas se dedicaba a los productos lácteos, que ofrecía a los proveedores de leche la oportunidad de obtener unos ingresos periódicos sin importar lo pequeña que fuera su primera aportación. Otra se dedicaba a asociaciones de minoristas (SOK, actualmente el minorista más grande del país, originaria de Tampere, al sur de Finlandia). La tercera se dedica a otras actividades, desde serrerías de bosques hasta maquinaria para las granjas. Al llegar 1909 había 1800 cooperativas funcionando dentro de estas federaciones nacionales.¹³⁴

Actualmente hay más propietarios miembros de empresas cooperativas en Finlandia que habitantes. Un adulto normal es miembro de dos cooperativas; los que viven en entornos rurales, como los agricultores, pueden ser miembros de cuatro. Desde los negocios de alta tecnología de Finlandia hasta una extensa red de cooperativas regionales que garantiza la presencia de bancos, tiendas y otros servicios en dos millas a la redonda de residentes durante todo el año, hay servicios de propiedad conjunta en cada sector implantados por todo el país.

Capítulo 10

Autoauxilio y patrocinio del Estado en el siglo XX

Las experiencias de Plymouth y de Finlandia tuvieron repercusiones en todo el mundo. La difusión del sector cooperativo en los siglos XVIII y XIX ha sido reflejada por el catedrático Johnston Birchall en su libro de 1997 *The International Co-operative Movement (El movimiento cooperativo internacional)*. En todo el mundo, el ejemplo de los pioneros de otros países era una llamada a la acción. Hans Christian Sonne visitó Gran Bretaña y encontró Rochdale, y se llevó los principios consigo cuando volvió a Dinamarca. A principios del siglo XX en la India, el lema “encuentra a Raiffeisen” se utilizaba para fomentar las cooperativas de ahorro y crédito rurales. Pero la expansión de los distintos modelos cooperativos también representaba una respuesta nacional a necesidades nacionales. En Dinamarca, los modelos que despertaron el interés de Sonne fueron adaptados y así nació uno de los sectores cooperativos rurales más grandes del mundo. Tras la Primera Guerra Mundial, en Suecia y Noruega proliferaron las cooperativas urbanas de viviendas. En el Japón de 1930, las cooperativas agrícolas se ampliaron para atender las necesidades sanitarias de sus miembros, tanto en el contexto urbano como rural, inspirando una nueva ola, ahora extendida por todo el mundo, de cooperativas de salud.¹³⁵

En muchos países a lo largo del siglo XX hubo interacciones con el Estado que demostraron tener influencia. En Rusia se creó en 1898 una unión de cooperativas. El sector avanzaba a gran velocidad tras la revolución de 1917, pero pronto tuvo que afrontar la coopción por parte del Estado revolucionario. En palabras del médico estadounidense Warbasse, fundador de la Liga Cooperativa (Co-operative League)

de Estados Unidos: *“el movimiento cooperativo voluntario más grande del mundo fue absorbido completamente por un Estado político. Desapareció como movimiento voluntario.”*¹³⁶ En los propios Estados Unidos en la década de 1930, proliferaron las cooperativas de electricidad en el entorno rural. Ellas suplían un papel que en otros países desempeñaba el Estado, pero estaban autorizadas por el Estado a que lo hicieran, con acceso a préstamos federales de conformidad con el New Deal. En países como Argentina, India, Irán, Malasia y Corea del Sur, en las décadas posteriores, los programas de promoción de los gobiernos nacionalistas ayudaron a impulsar y expandir los sectores cooperativos.¹³⁷

¿Crearon las intervenciones del sector público un patrón problemático de “tutela del Estado”? ¿O más bien ayudaron a permitir y a expandir sectores cooperativos sostenibles? Los distintos países (o durante buena parte del siglo XX, los distintos imperios y sus colonias) ofrecieron respuestas diferentes... o respuestas diferentes en momentos diferentes. Tras las confiscaciones realizadas por el Estado nazi —descritas anteriormente—, el “mercado social” en Alemania Occidental en el período posterior a 1945 se apoyó en la herencia de la mutualidad para fomentar y, más tarde, imponer la representación de los trabajadores en todas las compañías más grandes.¹³⁸ La mutualidad encontró su lugar como un principio organizativo de la economía, al igual que en la Italia de la posguerra, donde el reconocimiento de las cooperativas y el respeto por ellas aparece mencionado directamente en la constitución. En Europa oriental, cuando el comunismo estatal quebró, el sector cooperativo se enfrentó a un reto de renovación. En Bulgaria en 1991, la Gran Asamblea Nacional promulgó leyes para restaurar los derechos de las cooperativas sobre los activos que habían sido nacionalizados, al tiempo que cerraba cooperativas agrícolas respaldadas por el Estado que se habían apropiado de terrenos privados tras 1944.

El propio sector cooperativo ha tenido, en ocasiones, una suerte desigual. Sí, hubo historias de éxito en el siglo XX. El nexo cooperativo de trabajadores de Mondragón en el País Vasco se desarrolló para incrementar, gracias a un enfoque tecnológico, la innovación y la dignidad en el trabajo.¹³⁹ El sector de las cooperativas de ahorro y crédito en Irlanda ha ido desarrollándose desde la década de 1950 hasta convertirse en una de las más grandes de Europa. El movimiento de los *kibbutz* en Israel se organizaba en torno a ideas de comunidades cooperativas.

Las cooperativas minoristas, propiedad de sus clientes, habían estado en la vanguardia tiempo atrás en términos de economías de escala, pero tuvieron que afrontar la competencia. En la década de 1980 y a principios de la de 1990, fracasaron cooperativas minoristas en Austria, Alemania, Francia y Bélgica. Lo que había sido su punto fuerte competitivo —un patrón de pequeñas sociedades locales

y autónomas aprovisionadas por un mayorista nacional— se convirtió en un punto débil. En el Reino Unido, en la segunda mitad del siglo XX, el sector minorista de cooperativas de consumo redujo sus cuotas de mercado del 20 % hasta aproximadamente el 4,4 %.¹⁴⁰ En los Países Bajos, la mayoría de las cooperativas minoristas propiedad de consumidores se fusionaron en una sociedad que luego quebró y fue vendida al sector privado en 1973.¹⁴¹

En aquella misma época, nació un nuevo éxito de minorista cooperativo. Se trataba del comercio justo, en gran parte desde cooperativas de productores en países pobres. Esta iniciativa surgió cuando los cultivadores de café de una cooperativa de Oaxaca (México), la Unión de Comunidades Indígenas de la Región del Istmo, se asoció con unos activistas de los Países Bajos para lanzar el primer producto certificado de comercio justo vendido con la marca de Max Havelaar. Yo tuve el privilegio de formar parte del equipo que convirtió esta iniciativa en la marca Comercio Justo que actualmente opera a nivel mundial. No existe una única historia de aparición, retroceso o renovación que pueda abarcar a todas las cooperativas del siglo XX. El legado es lo que observamos actualmente.

Capítulo 11

El sector cooperativo actual

Con motivo del inicio del Año Internacional de las Cooperativas de la Organización de las Naciones Unidas hace algunos años, realicé un análisis sobre la expansión de las cooperativas en la actualidad en comparación con la implantación de las empresas propiedad de inversores y que cotizan en bolsa.¹⁴² En términos financieros, el sector cooperativo era importante, pero relativamente mucho más pequeño, mientras que en una medida distinta, la de las personas, es hoy en día un líder mundial. Según mi análisis, hay tres veces más propietarios miembros de cooperativas que accionistas individuales en todo el mundo. A pesar de que solo un 7 % de la población mundial vive en un país que no disponga de mercado de valores, solo 328 millones de personas son accionistas directos en comparación con los aproximadamente mil millones que son miembros de una empresa cooperativa.¹⁴³

En tres países de Europa, más de la mitad de los habitantes están afiliados a una cooperativa: Finlandia, Irlanda y Austria. En el caso de los países de crecimiento rápido (Brasil, Rusia, India y China, BRIC) hay cuatro veces más miembros cooperativos que accionistas directos.

En toda Asia y América, los países con las proporciones más elevadas de población que tienen propiedad en cooperativas son la India (242 millones) China (160 millones) y Estados Unidos (120 millones). Una de cada cinco personas en América del Norte y en América del Sur es miembro de una cooperativa. En Brasil, por ejemplo, la cooperativa de salud Unimed, fundada en 1967, cuenta con 110 000 médicos y profesionales de la salud que dan servicio a veinte millones de personas.¹⁴⁴ En África, una de cada trece personas es miembro de una cooperativa, una cifra seis veces más elevada que el número de accionistas.

Se estima que hay 2,6 millones de cooperativas en el mundo.¹⁴⁵ La Alianza Cooperativa Internacional publica datos cada año con el centro de investigación Euricse. La Alianza en sí misma fue fundada en Londres el 19 de agosto de 1895 durante el primer Congreso Cooperativo Internacional al que acudieron delegaciones de cooperativas de Alemania, Argentina, Australia, Bélgica, Dinamarca, Estados Unidos Francia, Holanda, la India, Italia, el Reino Unido, Serbia y Suiza. Las metas de la Alianza eran ofrecer información, definir y defender los principios cooperativos y desarrollar el comercio internacional. La Alianza fue una de las organizaciones de alcance únicamente internacional que sobrevivieron tanto a la Primera como a la Segunda Guerra Mundial, un testimonio del compromiso de las personas implicadas en la paz y la democracia y de su capacidad para actuar con independencia y neutralidad política.¹⁴⁶

Los datos de la Alianza recopilados por Euricse sugieren que hay 1420 cooperativas en el mundo con un volumen de negocio de más de 100 millones de USD. Los principales sectores en los que operan son el aseguramiento (34 % del volumen total), la agricultura y la alimentación (30 %) y el comercio mayorista y minorista (19 %). Las 300 cooperativas más grandes del mundo reúnen un volumen de negocio superior a 2,5 billones de USD.¹⁴⁷

Es un placer constatar que regiones con un sólido historial de autoauxilio a través de gremios, tales como Emilia Romagna en el norte de Italia, son regiones que hoy siguen teniendo una gran presencia cooperativa. Esta provincia tiene la densidad más alta de cooperativas de Europa. Son redes muy integradas de cooperación económica entre sectores que operan tanto en vertical (en torno a cadenas de suministro o finanzas) y en horizontal (en torno al aprendizaje entre pares o el desarrollo de productos). Las cooperativas generan cerca del 40 % de la producción económica (PIB) en Emilia Romagna, y hay que destacar que es la región de Europa que presenta la desigualdad socioeconómica más baja entre ricos y pobres.¹⁴⁸ Robert Putnam, catedrático de Harvard, hizo popular el concepto de “capital social” — redes productivas y cooperativas de relaciones sociales— mientras investigaba la vida en Italia. Al parecer, el capital social es capaz de hacer sentir sus efectos durante generaciones. La historia de la cooperación puede moldear el presente, igual que el presente alberga la esperanza de moldear el futuro.

Tabla 1: la propiedad de las empresas en el mundo: compañías propiedad de accionistas y empresas cooperativas¹⁴⁹

Forma de propiedad	Número de personas
Titulares de acciones – propiedad directa	328m
Titulares de acciones – propiedad indirecta	565m
Propietarios miembros – propiedad directa	1,000m

Tabla 2: propietarios miembros de una cooperativa y titulares de acciones en porcentaje de la población, por regiones¹⁵⁰

Región	Miembros de una cooperativa	Accionistas indirectos	Accionistas directos
África	7.4%	4.1%	1.3%
América	19.4%	16.7%	9.2%
Asia-Pacífico	13.8%	6.9%	4.4%
Europa	16.0%	12.9%	7.5%
Todo el mundo	13.8%	8.7%	5.0%

Capítulo 12

La cooperación y la mutualidad a lo largo de la historia: una conclusión

La cooperación social ha formado siempre parte del núcleo de la sociedad humana. En *Lisístrata*, la obra de teatro de Aristófanes de la antigua Grecia, las mujeres se organizan y actúan en grupo para conseguir que acabe la guerra negándose a mantener relaciones sexuales con los hombres. El sexo consentido es en sí mismo un acto de cooperación social que se remonta a épocas todavía más remotas. Como explica la científica Sarah Blaffer Hrdy, la capacidad de nuestra rama de homínidos para desarrollar patrones de “crianza cooperativa” ha resultado esencial para la supervivencia desde los primeros tiempos, tanto dentro como fuera de África.¹⁵¹

Esta breve historia ha intentado adoptar un enfoque más reducido que el del sexo o el de la cooperación social para centrarse en el ámbito económico. No es una tarea sencilla, ni siquiera poniendo la atención en las instituciones formales, de las que sí tenemos algún tipo de prueba y además se atienen a una definición que se adapta a nuestros propósitos: la de personas que trabajan juntas de forma equitativa como miembros de un organismo formal y abierto que existe para satisfacer sus necesidades económicas y otras más amplias. Un ángulo más abierto que abarcara la asociación en todas las sociedades y a lo largo de la historia sería enorme. Si nos referimos a un lugar y a una época para usarlos a modo de ejemplo, una estimación apunta a que, en el siglo XVIII, existía la notable cifra de 25 000 clubes y sociedades en activo por todo el mundo anglófono.¹⁵² Eran tan variados que iban desde clubes sociales y sociedades dedicadas a las artes hasta clubes de debate, sociedades de literatura, de antiguos alumnos, de masones, sociedades hortícolas, sociedades

musicales, clubes de deporte, asociaciones profesionales, sociedades filantrópicas y políticas, organismos religiosos, sociedades científicas y de estudio...

En esta historia de la cooperación he intentado concentrarme en las que pueden estar orientadas hacia el ámbito económico. Y, por supuesto, cuanto más nos remontamos en el tiempo, menos creíble resulta el hecho de encontrar una dimensión económica que sea separable del fondo de la cuestión de la creencia y de la organización social. En palabras de Karl Polanyi, la cooperación y la mutualidad en la esfera económica iban “incrustadas” en el contexto social y medioambiental de la época en la que operaban.¹⁵³ ¿Por qué hay que analizar la historia de los gremios en lugar de la de los monasterios, por ejemplo, si muchos gremios estaban organizados en torno a principios religiosos y muchos monasterios eran participantes activos de la vida económica de su región? Los preceptos de San Benito (480-550 d. C.) sobre la vida y el trabajo comunitarios, por ejemplo, estaban dirigidos a cualquier comunidad cristiana y solo fueron adoptados más tarde en forma de órdenes religiosas monásticas. Hay quien aduce, por ejemplo, que comunidades como las misiones jesuíticas con los indios guaraníes en Latinoamérica durante los siglos XVII y XVIII pueden considerarse semejantes a las cooperativas.¹⁵⁴ ¿Por qué fijarnos en la historia de las sociedades de amigos en lugar de observar a las sociedades científicas si ambas estaban organizadas según esquemas de afiliación que eran probablemente comparables en cuanto a su grado de apertura y de democracia interna?

Mi sugerencia es que puede trazarse una línea de diferencia entre ellas, siempre que trazarla aporte más luz que oscuridad. De haber algún hilo común en esa línea de la autoorganización, ese sería quizá el hilo dorado del “trabajo”. Como Ivan Illich escribió sobre las múltiples expresiones de los gremios: “*todas estas asociaciones comerciales son intentos de los especialistas por determinar cómo debe realizarse su tipo de trabajo y por quién debe ser ejecutado*”.¹⁵⁵ Una interpretación más amplia sea, quizá, el poder organizativo que tienen las necesidades compartidas, que hace que las personas se unan para defender sus medios de vida o fomentar el consumo de estos.

Cuando las personas se agrupan para conseguir un beneficio económico común, puede resultar transformador para ellas. No obstante, existen también obstáculos evidentes —o que van surgiendo con el tiempo— en muchos de los casos que hemos comentado. Los impedimentos pueden proceder de los que están fuera y ostentan el poder, porque quieren extraer el valor de lo que se hace dentro o ejercer el control sobre ello. Pero también pueden existir impedimentos procedentes de los que están fuera y *no ostentan* el poder —críticos, competidores o innovadores— que se quedan aparte debido a las normas que han sido establecidas o que sirven para

excluirlos. Y luego están los obstáculos internos que son el conflicto, la cohesión y la renovación a lo largo del tiempo.

H. A. Turner en *Trade Union Growth, Structure and Policy* observa el establecimiento de las primeras uniones comerciales algodoneras y distingue entre uniones “cerradas”, cuyo poder para mejorar sus salarios y condiciones procedía de su propia capacidad para controlar y restringir la entrada a sus negocios (sus misterios), y formas de unión “abiertas”, cuyos miembros han perdido ese poder y que, por tanto, negocian el precio al que venden su trabajo (sus salarios).¹⁵⁶ De forma parecida, la medida en que las cooperativas son capaces de prosperar podría explicarse según el grado en que son capaces de beneficiar a los que están en su interior, al tiempo que gestionan las tensiones con los que están en el exterior. Si así fuera, no solo la continuidad, sino también la renovación de muchas de las cooperativas y mutualidades que hemos observado —a lo largo del tiempo y a medida que cambian las condiciones— dependería de buscar un buen “encaje” en el entorno donde existen entre cohesión (interna) y apertura (externa).¹⁵⁷

La afiliación abierta y voluntaria aparece como uno de los principios fundamentales en la Declaración de Identidad de las Cooperativas de la Asociación Cooperativa Internacional, y es posible que esa sea la razón: el distinguir entre cooperativas y cárteles cerrados. Estos eran principios fundamentales de los modelos cooperativos que surgieron y triunfaron fuera de Rochdale y en el resto de lugares durante el siglo XIX. Habría resultado muy práctico si hubiéramos podido atenernos a una definición estricta de las cooperativas, basándonos en estos principios, de manera que solo hubiéramos tenido que ir aplicándolos hacia atrás en la historia. Evidentemente, lo que ocurre en la práctica es que las pruebas necesarias para hacerlo simplemente no existen. Las mutualidades no dejan huesos fósiles con ADN que puedan ayudarnos a construir un árbol evolutivo o dibujar una imagen de regímenes y vidas cotidianas de hace eones. Lo que ellas dejan son referencias, normas y, en las épocas más modernas, muchos libros de actas.

En lo que respecta a los mil últimos años, ese rastro de pruebas puede ser más potente en Europa, un factor que se pone de manifiesto en el contenido de esta historia. Pero eso no debería llevarnos a la conclusión de que la cooperación subyacente era más sólida allí, o que solo era sólida allí. ¿Y qué nos dicen las normas y los libros de actas sobre la cultura de la cooperación en la práctica? Todavía hoy, algunos de los principios cooperativos establecidos representan más bien un ideal que la realidad. No resultan fáciles de aplicar en todo momento. La afiliación, por ejemplo, que en teoría es abierta, puede estar sujeta en la práctica a condiciones de elegibilidad.

El centro de investigación Euricse entrevistó a líderes de opinión del sector cooperativo en 2013. Estos comentaron que si bien las cooperativas del mundo tienden a tener una estructura formal y estricta de control y propiedad, suelen ser más relajadas en lo que respecta a su cultura. Muchas de ellas no cumplen ninguno de los siete principios cooperativos, siendo los compromisos menos respetados los de educación, formación e información.¹⁵⁸ Hoy tanto como ayer, necesitamos ver que los principios constituyentes de ser una cooperativa ofrecen un rico espectro de posibilidades, y no simplemente una identidad cooperativa que puede encenderse y apagarse, sí o no.

Partiendo de aquí, ¿qué podemos concluir sobre la naturaleza de la cooperación? Cuando miro hacia atrás en la historia, no veo que los ejemplos de cooperación y mutualidad que han existido presenten todos y cada uno de esos rasgos (ni siquiera, en algunos casos, el carácter de incorporación y formalidad de las normas), sino más bien lo contrario. Mi conclusión es que han existido diversas instituciones y prácticas cooperativas y mutualistas que han triunfado en su época, algunas por un período breve y otras por períodos más prolongados, con una mezcla propia de características.

Como argumentaba Raymond Williams en su libro *Culture and Society 1780-1950*, las formas en que las denominadas “personas ordinarias” han logrado unirse en cooperación son logros culturales que deben tomarse tan en serio como otros productos culturales como son los cuadros, las obras de teatro y los libros.¹⁵⁹ Este “arte moral de la asociación” está tan incrustado en las necesidades humanas y en la naturaleza humana como la expresión artística y la reflexión moral.

¿Y cuándo nos imaginamos que comenzó esta cooperación? El historiador suizo René Roca escribe: “*el verdadero principio cooperativo probablemente sea tan antiguo como la raza humana, pero faltan las fuentes escritas*”.¹⁶⁰ En este mismo sentido, G. D. H. Cole escribe a mediados del siglo XX: “*es imposible averiguar cuándo o quién hizo el primer intento de cooperación*”.¹⁶¹

Creo que los dos están en lo cierto. Las cooperativas actuales son, por tanto, expresiones de un patrón de mutualidad que está enraizado y resulta recurrente en las maneras en que las personas han elegido organizarse a lo largo de la historia. Las raíces de la cooperación llegan muy lejos, pero también hablan del poder intergeneracional de su reinención y renovación. Basada en la autoayuda y en las necesidades cambiantes, la cooperación no se mantiene inmutable.

El valor de la historia no es decirnos qué debemos pensar, sino ampliar nuestros supuestos mostrándonos su contexto. La cooperación está con nosotros y siempre lo estará.

Anexo 1

Pioneros de Rochdale: consejos para los miembros de esta y de otras sociedades¹⁶²

- 1.º Obtén la autoridad y la protección de la ley a través de la inscripción.
- 2.º Deja que la integridad, la inteligencia y la habilidad sean aptitudes indispensables a la hora de elegir a los dirigentes y responsables, en lugar de fijarte en la riqueza o el honor.
- 3.º Permite que cada miembro tenga un solo voto y no hagas distinciones dependiendo de la cantidad de riqueza que pueda aportar cada miembro.
- 4.º Deja que las mayorías dirijan todos los asuntos de gobierno.
- 5.º Atiende bien los asuntos de dinero. Castiga el fraude cuando se haya cometido con la expulsión inmediata del defraudador.
- 6.º Compra todos los bienes que puedas en los mercados primarios; o si dispones del producto de tu propia industria para venderlo, busca la manera de venderlo el último si es posible.
- 7.º Nunca abandones el principio de comprar y vender para obtener dinero disponible.
- 8.º Ten cuidado con las cuentas de períodos prolongados. Las cuentas trimestrales son las mejores y deberían utilizarse siempre que sea posible.
- 9.º En aras de la seguridad, considera siempre el valor contable de los “Activos fijos” al menos un cuarto por debajo de su valor de mercado.
- 10.º Permite que los miembros se encarguen de que las cuentas sean auditadas correctamente por hombres de su propia elección.
- 11.º Permite que los comités de gestión cuenten siempre con la autorización de los miembros antes de dar un paso importante o costoso.
- 12.º No busques la oposición o la publicidad, ni las temas cuando aparezcan.
- 13.º Escoge como líderes solo a aquellos en los que puedas confiar y concédeles luego tu confianza.

Bibliografía

- 1 Bowles, S & Gintis, H, *A Cooperative Species: human reciprocity and its evolution*, Princeton, 2011
- 2 Argyle, M, *Cooperation: the basis of sociability*, Routledge, 1991
- 3 Bowles, S & Gintis, H, *A Cooperative Species: human reciprocity and its evolution*, Princeton, 2011
- 4 For an excellent review of the case for co-operation in evolution by a leading contemporary theorist, see Sloan Wilson, D, *Does Altruism Exist? Culture, genes, and the welfare of others*, Yale University Press, 2015
- 5 Dawkins, R, Introduction to 30th Anniversary Edition, in Dawkins, R, *The Selfish Gene*, Oxford University Press, 2006
- 6 Craig, J, *The Nature of Co-operation*, Black Rose Books, 1993
- 7 Ostrom, E, *Understanding Institutional Diversity*, Princeton University Press, 2005
- 8 Kobel, E, *Dining with John*, Brill, 2011
- 9 Ascough, R, Harland, P & Kloppenborg, J, *Associations in the Greco-Roman World*, Baylor University Press, 2012
- 10 Donahue, J, *The Roman Community at Table During the Principate*, University of Michigan Press, 2004
- 11 Ibid
- 12 Schumacher, L, *Slaves in Roman Society*, in Peachin, M (ed), *Social Relations in the Roman World*, Oxford University Press, 2011
- 13 Pliny, Ep, 9. 5. 3 cited in Peachin, M, Introduction, in Peachin, M (ed), *Social Relations in the Roman World*, Oxford University Press, 2011
- 14 Peachin, M, Introduction, in Peachin, M (ed), *Social Relations in the Roman World*, Oxford University Press, 2011
- 15 Perry, J, *The Roman Collegia*, Brill, 2006
- 16 Farr, J, *Artisans in Europe, 1300-1914*, Cambridge University Press, 2000
- 17 Cole, G, *Guild Socialism: a plan for economic democracy*, Frederick A Stokes Company, 1920
- 18 Hourihane, C (ed), *The Grove Encyclopedia of Medieval Art and Architecture*, Volume 1, Oxford University Press, 2012
- 19 Duffy, E, *The Stripping of the Altars: Traditional Religion in England, c.1400 - c.1580*, Yale University Press, 2005
- 20 Schor, J, *The Overworked American*, Basic Books, 1993. Schor is a distinguished economist, but for a critique of her conclusions on this, see <https://www.adamsmith.org/blog/regulation-industry/medieval-peasants-really-did-not-work-only-150-days-a-year>
- 21 Farr, J, *Artisans in Europe, 1300-1914*, Cambridge University Press, 2000
- 22 Ibid
- 23 Ibid
- 24 Illich, I, *The Right to Useful Unemployment*, Marion Boyars, 1978
- 25 Ackroyd, P, Chaucer, G & Bantock, N, *The Canterbury Tales, The General Prologue*, Penguin Classics, London, 2009 (1387-1400)
- 26 Farr, J, *Artisans in Europe, 1300-1914*, Cambridge University Press, 2000
- 27 Crowston, C, *Women, Gender, and Guilds in Early Modern Europe: An Overview of Recent Research*, in *International Review of Social History, Supplement*, Cambridge University Press, 2008, pp 19-44
- 28 Brucker, G, *Florence: The Golden Age 1138 – 1737*, University of California Press, 1998

- 29 Braudel, F, *Civilisation and Capitalism, 15th – 18th Century, Volume 1: The Structures of Everyday Life*, Collins, 1981
- 30 Cited in Braudel, F, *Civilisation and Capitalism, 15th – 18th Century, Volume 1: The Structures of Everyday Life*, Collins, 1981
- 31 Gordon, G, *The Shore Porters' Society of Aberdeen, 1498 – 1998*, Shore Porters Society, Scottaspres, undated
- 32 Ibid
- 33 Gordon, G, *The Shore Porters' Society of Aberdeen, 1498 – 1998*, Shore Porters Society, Scottaspres, undated
- 34 See <http://www.aberdeen-harbour.co.uk/about-us/history/>
- 35 Driel, H van & Devos, G 'Path Dependence in Ports: The Persistence of Cooperative Forms', *Business History Review*, LXXXI, pp 681 – 708, 2007
- 36 Gordon, G, *The Shore Porters' Society of Aberdeen, 1498 – 1998*, Shore Porters Society, Scottaspres, undated
- 37 Cited in Battilani, P, *Features and Determinants of Co-operative Development in Western Countries*, in Gijssels, C, Zhao, L & Novkovic, S, *Co-operative Innovations in China and the West*, Palgrave Moore, 2014
- 38 See <http://faculty.marianopolis.edu/c.belanger/quebechistory/encyclopedia/CompanyofNewFrance-QuebecHistory.htm>
- 39 Kuiper, J, personal correspondence, 2017
- 40 Confederation of Turkish Tradesmen and Craftsmen, *50 Questions about Akhism*, undated
- 41 Ibid
- 42 Faroqi, S, *Artisans of Empire: Crafts and Craftspeople Under the Ottomans*, I B Tauris, 2009
- 43 Okan, N & Okan, C, *An overview of cooperatives in Turkey*, Policy Studies on Rural Transition No. 2013-3, FAO Regional Office for Europe and Central Asia, 2013
- 44 Kettell, B, *The Islamic Banking and Finance Workbook*, Wiley, 2011
- 45 Alhabshi, S & Razak, S, *Takaful: Concept, History, Development, and Future Challenges of its Industry*, in *Islam and Civilisational Renewal*, Vol 1, No 2, 2009
- 46 Ibid
- 47 See <http://www.co-op-society.com/history.html>
- 48 Iyengar, V, *Tanks of Karnataka*, undated. See http://www.indiawaterportal.org/sites/indiawaterportal.org/files/tanks_of_karnataka_a_historical_perspective_vatsala_iyengar_2004.pdf
- 49 Bialoskorski Neto, S, *The History of the Rochdalian Cooperatives in Latin America*, 2012. See http://www.fearp.usp.br/cooperativismo/sig_paper_suecia.pdf
- 50 Ellison, J, *Cooperation and Struggle: the African-American Cooperative Tradition*, in *Review of International Co-operation*, volume 73, no 4, 1980, pp 263 - 273
- 51 Cited in Niane, D, *Relationships and Exchanges Among the Different Regions*, in Niane, D, *General History of Africa IV; Africa from the Twelfth to the Sixteenth Century*, Heinemann, Unesco, 1984
- 52 Niane, D, *Relationships and Exchanges Among the Different Regions*, in Niane, D, *General History of Africa IV; Africa from the Twelfth to the Sixteenth Century*, Heinemann, Unesco, 1984
- 53 Hitti, P, *History of the Arabs*, London, MacMillan, 1970 (1937)
- 54 Udovitch, A (ed), *Commercial Techniques in Islam and Trade of Asia*, D S Richards, 1970
- 55 Ellison, J, *Cooperation and Struggle: the African-American Cooperative Tradition*, in *Review of International Co-operation*, volume 73, no 4, 1980, pp 263 - 273
- 56 Cao, L, *Culture in Law and Development*, Oxford University Press, 2016
- 57 Kabuya, F, *The Rotating Savings and Credit Associations (ROSCAs): Unregistered Sources Of Credit in Local Communities*, *OSR Journal Of Humanities And Social Science (IOSR-JHSS)* Volume 20, no 8, 2015, p 95 and Cao, L, *Culture in Law and Development*, Oxford University Press, 2016

Breve historia de la cooperación y la mutualidad

- 58 Gordon, G, *The Shore Porters' Society of Aberdeen, 1498 – 1998*, Shore Porters Society, Scottaspress, undated
- 59 Bruggemann, G & Mehl, R, *The origins of cooperative insurance in Germany*, in *Review of International Co-operation*, volume 77, no 2, 1984
- 60 Docherty, J & Lamb, P, *Historical Dictionary of Socialism*, Scarecrow Press 2006
- 61 Paszkowski, J, NAUWC, personal correspondence, 2015
- 62 Seeberger, L, *History of the Evolution of Cooperative Law from its Origins to the Present Day*, *Revue Internationale de l'Economie Sociale*, no 333, July 2014 – translated and reprinted as a special issue: *Cooperatives in France: issues and challenges at the start of the 21st century*, *Revue des études coopératives mutualistes et associatives*, April 2015
- 63 Toulgoua T, *Voisinages et solidarité dans l'Europe du Moyen Age*, Maisonneuve et Larose, 1981
- 64 Holyoake, G, *The History of Co-operation*, Volume 1 Trübner, 1875
- 65 Pellervo Society, *The Finnish Co-operative Movement*, in *Review of International Co-operation*, volume 74, no 1 1981, pp 132 - 142
- 66 Barbarini, I, *How the Bumblebee Flies: cooperation, ethics and development*, Baldini Castoldi Dalai, 2009; Shaffer, J, *Historical Dictionary of the Cooperative Movement*, Scarecrow Press, 1999
- 67 Thompson, E, *The Making of the English Working Class*, Pelican Books, 1968
- 68 Ibid
- 69 Docherty, J & Lamb, P, *Historical Dictionary of Socialism*, Scarecrow Press, 2006
- 70 Pelling, H, *A History of British Trade Unionism*, Pelican Books, Third Edition 1976
- 71 Thompson, E, *The Making of the English Working Class*, Pelican Books, 1968
- 72 See Curl, J, *History of Work Cooperation in America: cooperatives, cooperative movements, collectivity, and communalism from early America to the present*, Homeward Press, 1980
- 73 De Tocqueville, A, *Democracy in America*, Vintage Books, 1945 (1835)
- 74 Shaffer, J, *Historical Dictionary of the Cooperative Movement*, The Scarecrow Press, 1999
- 75 Curl, J, *For all the People. Uncovering the Hidden History of Co-operation, Co-operative Movements and Communalism in America*, Oakland, USA / PM Press, 2009
- 76 Thompson, E, *The Making of the English Working Class*, Pelican Books, 1968
- 77 Farr, J, *Artisans in Europe, 1300-1914*, Cambridge University Press, 2000
- 78 Ibid
- 79 The proceedings of the trial are available online in the digital archives of the Old Bailey – see <https://www.oldbaileyonline.org/browse.jsp?div=t17980704-61>
- 80 Leeson, P, *The Invisible Hook: The Law and Economics of Pirate Tolerance*, Princeton University Press, 2009
- 81 Cited in Leeson, P, *An-arrgh-chy: The Law and Economics of Pirate Organization*, *Journal of Political Economy*, 2007, vol. 115, no. 6
- 82 Ibid
- 83 Ibid
- 84 Durand, R & Vergne, J, *The Pirate Organisation: lessons from the fringes of capitalism*, Harvard Business Review Press, 2013
- 85 Holyoake, G, *The History of Co-operation*, Volume 1 Trübner, 1875. He also cites the continental European 'Metayer' system – of labourers agreeing a half share, or more, with the landowner – as well as profit sharing among Cornwall lead miners, and the lead and copper miners of Flintshire and Cumberland in England.
- 86 Snaith, I, *Handbook of Industrial and Provident Society Law*, Holyoake Books, 1993
- 87 Gordon, G, *The Shore Porters' Society of Aberdeen, 1498 – 1998*, Shore Porters Society, Scottaspress, 1998
- 88 See <http://www.dartfordcc.co.uk/our-history/club-history>
- 89 Cole, G, *A Century of Co-operation*, George Allen & Unwin Ltd. for the Co-operative Union, 1944

- 90 Loizos, D, Economic History Problems of 18th c. Ottoman Greece: The Case of Ambelakia in Thessaly (a preliminary report), Anistoriton, Issue E011, 21 April 2001
- 91 Ibid
- 92 Ashworth, H, *The Building Society Story*, Franey & Co. Ltd, London, 1980. The author says that “the earliest society is thought to have been established in Birmingham in (or about) 1775. It was known as Ketley’s Building Society and met at the Golden Cross Inn of which Ketley was the landlord. We have no more information about this society than can be gleaned from three advertisements which appeared in a local newspaper in 1778 or 1779, each offering for sale three shares in the society.”
- 93 Cole, G, *A Century of Co-operation*, George Allen & Unwin Ltd. for the Co-operative Union, 1944
- 94 Thompson, E, *The Making of the English Working Class*, Pelican Books, 1968
- 95 Thompson, N, *The Real Rights of Man: Political Economies for the Working Class 1775-1850*, Pluto Press, 1998. Cited in Conaty, P, *Co-operative Commonwealth: De-commodifying Land and Money*, paper presented at the 13th International Karl Polanyi Conference, “The Enduring Legacy of Karl Polanyi,” Concordia University, 6-8 November 2014
- 96 Clark, P, *British Clubs and Societies 1580-1800*, Oxford University Press, 2000
- 97 Jones, B, *Co-operative Production*, Oxford, 1894
- 98 Holyoake, G, *The Co-operative Movement Today*, Methuen & Co, London, 1891. As Beatrice Webb commented wryly later, the jury will have decided that poverty was the ‘greater nuisance’.
- 99 Wright, B, *Andrew Crosse and the mite that shocked the world*, Matador / Troubador, 2015
- 100 Draperi, J, *La République Coopérative*, Larcier, 2012
- 101 For some of this, see Harvey, R, *Hitler’s hit list: co-operatives and co-operators during wartime*, *Co-op News*, October 22 2015. I am still looking for a full account of the co-operative experience, including for Jewish members, in the Nazi era, but there is a report published by the Co-operative Union, now Co-operatives UK, in 1939 and also a short overview in Hesselbach, W, *Public, Trade Union and Cooperative Enterprise in Germany*, Frank Cass, 1976
- 102 Ollman, J, *Forerunners of Russian Co-operation*, in *Review of International Co-operation*, volume 73, no 1 1980, p 63 and Rubashov, I, *Against All Odds: the Decembrist foundation of the first Russian pre-co-operative institution*, in *Review of International Co-operation*, volume 68, no 5 1975, pp 180 - 183
- 103 Beer, D, *The House of the Dead: Siberian exile under the Tsars*, Penguin, 2016
- 104 Ollman, J, *Forerunners of Russian Co-operation*, in *Review of International Co-operation*, volume 73, no 1 1980, p 63 and Rubashov, I, *Against All Odds: the Decembrist foundation of the first Russian pre-co-operative institution*, in *Review of International Co-operation*, volume 68, no 5 1975, pp 180 - 183
- 105 Beer, D, *The House of the Dead: Siberian exile under the Tsars*, Penguin, 2016
- 106 Ibid
- 107 Ibid
- 108 Ollman, J, *Forerunners of Russian Co-operation*, in *Review of International Co-operation*, volume 73, no 1 1980, p 63 and Rubashov, I, *Against All Odds: the Decembrist foundation of the first Russian pre-co-operative institution*, in *Review of International Co-operation*, volume 68, no 5 1975, pp 180 - 183
- 109 Beer, D, *The House of the Dead: Siberian exile under the Tsars*, Penguin, 2016
- 110 Barbarini, I, *How the Bumblebee Flies: cooperation, ethics and development*, Baldini Castoldi Dalai, 2009
- 111 Rhodes, J, *Half a Century of Co-operation in Keighley, Manchester 1911*, cited in Thornes, R, *The Early Development of the Co-operative Movement in West Yorkshire, 1827 – 1863*, PhD, University of Sussex, 1984

Breve historia de la cooperación y la mutualidad

- 112 Cole, G, Common Ground: story of the co-operative movement, slides and notes, undated, held by Co-operative Heritage Trust
- 113 Birchall, J, Co-op: the people's business, Manchester University Press, 1994
- 114 Thompson, D, Weavers of Dreams, Twin Pines Press, 2012
- 115 Cited in Robinson, C, 150 Years of the Co-operative in Plymouth, Pen & Ink Publishing, 2009
- 116 Thompson, D, Weavers of Dreams, Twin Pines Press, 2012
- 117 A manuscript of John Kershaw, setting out his own account, The Origin of the Equitable Pioneers Society of Co-operators Rochdale, is held by and has been transcribed by the Co-operative Heritage Trust.
- 118 In 1863, the Pioneer William Cooper reported that of the 332 co-operative societies then in existence, 251 had been started in the six years since the publication of Self Help by the People. Rochdale Pioneers Museum, Our Story, Co-operative Heritage Trust, undated
- 119 Rochdale Pioneers Museum, Our Story, Co-operative Heritage Trust, undated
- 120 Wilhem Kaltenborn has written extensively on the origins of cooperatives in Germany, in part in critique of some of its modern expressions. See Kaltenborn, W, A Forgotten Past, Heinrich Kaufmann Stiftung, 2015
- 121 Fairbairn, B, The Rise and Fall of Consumer Co-operation in Germany, in `Furlough, E & Strikwerda, C, Consumers Against Capitalism?, Rowman & Littlefield, 1999
- 122 Shaffer, J, Historical Dictionary of the Cooperative Movement, The Scarecrow Press, 1999. This is a rich source of information and global in its reach, drawing on a distinguished international career in co-operative development. The author offers a list of dates and countries in which the first co-operatives were established. At the same time, some caution is needed with these, both in terms of whether the initiatives referred to should be classified by either or both of the terms 'first' and 'co-operative', but also in terms of referencing. As one error, Shaffer listed the Rochdale Pioneers as going out of business in 1854, which was not the case – and the wider co-operative genesis might have been different if they had.
- 123 Fici, A, An Introduction to Cooperative Law, in Cracogna, D, Fici, A & Henry, H, International Handbook of Cooperative Law, Springer, 2013
- 124 Cracogna, D, The Framework Law for the Cooperatives in Latin America, in Cracogna, D, Fici, A & Henry, H, International Handbook of Cooperative Law, Springer 2013
- 125 MacPherson, I, One Path to Co-operative Studies, New Rochdale Press, 2007
- 126 Watkins, W, Preface in Valko, L, International Handbook of Cooperative Legislation, State College of Washington, 1954
- 127 What follows draws extensively and freely on Robinson, C, 150 Years of the Co-operative in Plymouth, Pen & Ink Publishing, 2009
- 128 Ibid
- 129 Ibid
- 130 Kahru, S, The Cooperative Economy and Its Strategies, in Kuisma, M, Henttinen, A, Karhu, S & Pohls, M, The Pellervo Story: a century of Finnish cooperation, 1899 – 1999, Pellervo, 1999
- 131 Ibid
- 132 Henttinen, A, Searching for the Third Way, in Kuisma, M, Henttinen, A, Karhu, S & Pohls, M, The Pellervo Story: a century of Finnish cooperation, 1899 – 1999, Pellervo, 1999
- 133 Kuisma, M, Henttinen, A, Karhu, S & Pohls, M, The Pellervo Story: a century of Finnish cooperation, 1899 – 1999, Pellervo, 1999
- 134 Kahru, S, The Cooperative Economy and Its Strategies, in Kuisma, M, Henttinen, A, Karhu, S & Pohls, M, The Pellervo Story: a century of Finnish cooperation, 1899 – 1999, Pellervo, 1999
- 135 Birchall, J, The International Co-operative Movement, Manchester University Press, 1997
- 136 Cited in Birchall, J, The International Co-operative Movement, Manchester University Press, 1997

- 137 Ibid
- 138 Glasman, M, *Unnecessary Suffering: managing market utopia*, Verso, 1996
- 139 Heales, C, Hodgson, M & Rich, H, *Humanity At Work: Mondragon, a social innovation ecosystem case study*, Young Foundation, 2017
- 140 Myners, P, *The Co-operative Group: report of the independent governance review*, The Co-operative, 2014
- 141 Birchall, J, *The International Co-operative Movement*, Manchester University Press, 1997
- 142 The report and the data that follows below is from Mayo, E, *Global Business Ownership, Co-operatives UK*, 2012
- 143 The caveat on this figure is that this is the total of memberships rather than members. See Dave Grace and Associates, *Measuring the Size and Scope of the Cooperative Economy: results of the 2014 global census on co-operatives*, United Nations Secretariat, Department of Economic and Social Affairs, 2014
- 144 Voinea, A, *Why Twenty Million Brazilians Rely on a Co-operative for Healthcare*, 20 August 2016, *Co-operative News*
- 145 Dave Grace and Associates, *Measuring the Size and Scope of the Cooperative Economy: results of the 2014 global census on co-operatives*, United Nations Secretariat, Department of Economic and Social Affairs, 2014
- 146 See <https://ica.coop/en/history-ica>
- 147 ICA & EURICSE, *World Co-operative Monitor: exploring the co-operative economy*, 2016, <http://ica.coop/sites/default/files/publication-files/wcm2016-1165559688.pdf>
- 148 Mayo, E, Introduction in Mayo, E (ed), *Co-operative Advantage*, New Internationalist, 2015
- 149 Mayo, E, *Global Business Ownership, Co-operatives UK*, 2012
- 150 Ibid
- 151 Blaffer Hrdy, S, *Mothers and Others: the evolutionary origins of mutual understanding*, Ballantine, 2000
- 152 Clark, P, *British Clubs and Societies 1580-1800*, Oxford University Press, 2000
- 153 Polanyi, K, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon Press, 1944. For an excellent digital archive of Polanyi's work and thinking, see <http://www.concordia.ca/research/polanyi.html>
- 154 See Stocki, R, *Why Co-operative Values? Because they are universal*, www.myindex.stocki.org, 2017
- 155 Illich, I, *The Right to Useful Unemployment*, Marion Boyars, 1978
- 156 Turner, H, *Trade Union Growth, Structure and Policy*, University of Toronto Press, 1962.
- 157 The idea of a values fit is something I explore in my book: Mayo, E, *Values*, Greenleaf, 2016
- 158 Eid, M & Pleite, F, *The International Year of Cooperatives and the 2020 Vision*, Euricse, Working Paper 71, 2014.
- 159 Williams, R, *Culture and Society 1780 – 1950*, Colombia University Press, 2nd edition, 1983
- 160 Cited in <http://www.zeit-fragen.ch/en/numbers/2017/no-6-8-march-2017/cooperatives-more-than-a-legal-form-more-than-a-mere-cultural-heritage.html>
- 161 Cole, G, *A Century of Co-operation*, George Allen & Unwin Ltd. for the Co-operative Union, 1944
- 162 1877 version. See https://archive.org/stream/rulesofrochdalee648roch/rulesofrochdalee648roch_djvu.txt

Breve historia de la cooperación y la mutualidad

